

Filosofía y Letras

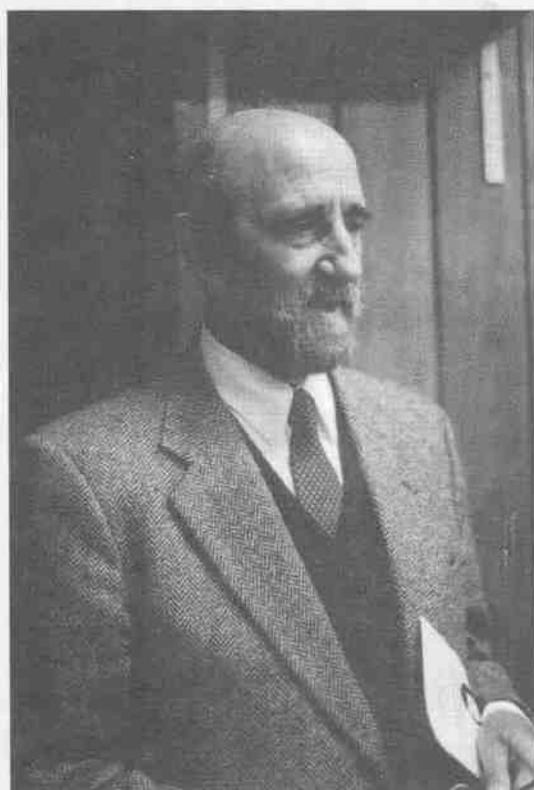
número 7

BOLETÍN

noviembre/diciembre 1995



HEMEROTECA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
U. N. A. M.



Edmundo O'Gorman y la literatura

GONZALO CELORIO

Entrevista a Juan M. Lope-Blanch

Miguel León-Portilla. Luminoso intérprete de la palabra náhuatl

MERCEDES DE LA GARZA

Homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez

FEDERICO ÁLVAREZ

BOLIVAR ECHEVERRÍA

Porfirio Parra, Alfonso Caso y Alfonso Pruneda y la enseñanza de las humanidades

LIBERTAD MENÉNDEZ



Códice Magliabecchi

1911
1912
1913



Sumario

Al pie de la letra:

- Edmundo O'Gorman y la literatura 2
_____ *Gonzalo Celorio*
- Homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez 7
_____ *Federico Álvarez*
- En torno a la presencia de Adolfo Sánchez Vázquez 10
_____ *Bolívar Echeverría*
- Miguel León Portilla. Luminoso intérprete de la palabra náhuatl 13
_____ *Mercedes de la Garza*
- Representantes de los alumnos al Consejo Técnico de la Facultad 16

Entrevista:

- Entrevista a Juan M. Lope-Blanch 17
_____ por *Boris Berenzon Gorn*

Caja de tipos:

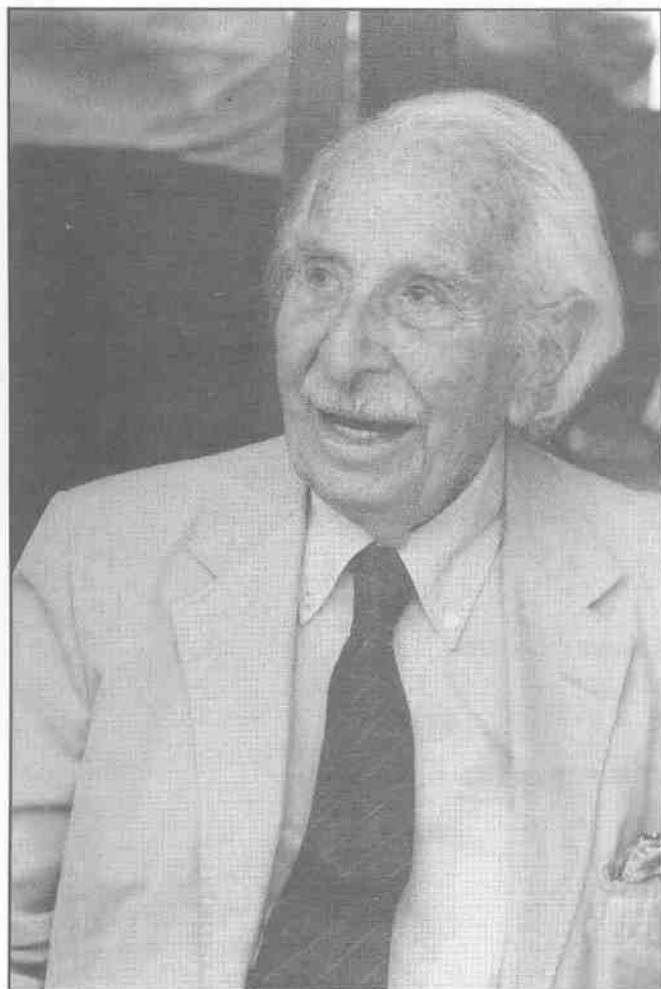
- Jano: *La ceremonia perfecta* o los ritos perdidos de la cotidianeidad 27
- Novedades 35

Del Archivo:

- Porfirio Parra, Antonio Caso y Alfonso Pruneda y la enseñanza de las humanidades 38
_____ *Libertad Menéndez*

Edmundo O'Gorman y la literatura*

GONZALO CELORIO



Durante los últimos años el doctor Edmundo O'Gorman me concedió el desproporcionado y exigente privilegio de admitirme como uno de sus interlocutores. Con frecuencia irregular pero perseverante nos reuníamos a ejercer el milagro de nuestra condición humana: la conversación. Conversábamos, esto es, conversaba conmigo o, mejor aún, me conversaba a mí. Solíamos comer en La Cava, en el Dos Puertas o en el San Angel Inn, que no le gustaba demasiado, acaso porque las elegancias del lugar habían subvertido los modos propios de la vieja hacienda y porque estaba muy cerca de su casa, es decir muy lejos de sus ánimos expedicionarios; pero las más de las veces, por lo menos en los tiempos recientes, comíamos en las alturas de mi casa de San Nicolás Totolapan, en los rumbos del Ajusco, a la que prefería sobre los restaurantes quizás por aquellos que en uno de sus aforismos consideró "la perfecta vejez: la cabeza complicada y los gustos sencillos".

No obstante su proverbial entusiasmo por la presencia femenina, que hasta el último de sus días le dio brillo a esos sus ojos siempre claros pero nunca serenos, también gustaba, cuando era el caso, de los ámbitos exclusivamente masculinos, aptos para la amistad varonil, aunque no tan severos como aquellos clubes ingleses de la época victoriana en los que, como diría Borges, se empezaba por excluir la confesión y se acababa por omitir el diálogo.

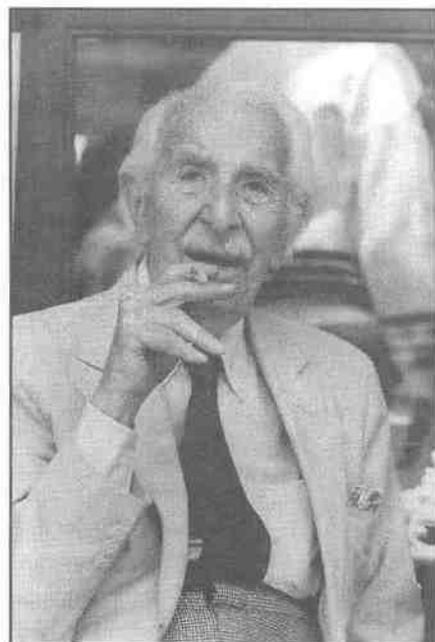
En ese espacio virtual de la amistad, don Edmundo O'Gorman y yo fuimos construyendo minuciosamente nuestra conversación. Al principio, yo, que nunca fui su alumno en las aulas y que jamás hice estudios formales de filosofía o de historia, sufrí las descalificaciones que su ironía infligió en mi amor propio, y hube de someterme al rigor dialéctico que el maestro practicaba con la agudeza y la sabiduría que le dieron su experiencia de abogado litigante y su formación filosófica; ese rigor que lo llevó a generar aguerridas polémicas, algunas de ellas ciertamente unilaterales. No en vano me dedicó un ejemplar de *La invención de América* de la siguiente manera: "Para Gonzalo Celorio, con la vanidad en mi creencia de que a la revelación de este pequeño libro se le ha rehuído su batalla". Una vez que me fue conferida, después de duras pruebas, la gracia de la interlocución, iniciamos una larga plática que no cesó hasta su muerte. En cada encuentro abordábamos los mismos temas y, sin que nos lo hubiésemos propuesto

* Texto leído el 30 de octubre de 1995 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras.

deliberadamente, les dábamos continuidad sesión a sesión —“Como decíamos ayer...”—, hasta que, en los últimos tiempos, repetíamos literalmente la conversación anterior cada vez que nos reuníamos: no sólo tocábamos los mismos tópicos sino que articulábamos las mismas voces y seguramente las acompañábamos con los mismos gestos y los mismos ademanes, como si fuésemos espectros de aquella novela de Adolfo Bioy Casares, *La invención de Morel*, cuyos personajes, empeñados en alcanzar la inmortalidad, han sido registrados por una portentosa máquina que los proyecta en tres dimensiones sobre el escenario de una isla desierta donde día a día, y por toda la eternidad, repiten sus actos y sus parlamentos. Para los últimos años, nuestra conversación era una especie de ritual en el que la reiteración de las mismas ideas, lejos de esclerosar el diálogo, propiciaba que las palabras que las expresaban adquirieran cada vez significaciones más hondas, más sutiles, más reveladoras. Como si se tratara de un poema.

Pasaba por el doctor O'Gorman a su casa de la calle Jardín a las dos y media de la tarde. Don Edmundo salía a la puerta ataviado con su inveterado saco de tweed y se subía con cierta dificultad al automóvil porque de las piernas estoy muy bien, decía, con envidiable buen humor, salvo cuando tengo que caminar. Ya en casa, nos tomábamos un tequila Herradura blanco de aperitivo, él se fumaba un par de cigarrillos *lights*, y, mientras comíamos, dejábamos que nuestros parlamentos articularan esa conversación ritual.

Como si estuviéramos en una cantina mexicana de los tiempos anteriores a la entrada de las mujeres, hablábamos, claro, de mujeres o, mejor dicho, de la mujer, de la inteligencia femenina, tanto más destacada que la masculina, según reza uno de sus aforismos: “Las mujeres son menos racionales que los hombres, por eso más inteligentes”. Hay quienes piensan en otra cosa y dicen que las consideraciones de O'Gorman son francamente misóginas y citan aquel aforismo que dice: “La mujer no piensa; y cuando piensa, piensa en otra cosa”. Por mi parte, estoy convencido de que O'Gorman siempre tuvo devoción por las mujeres, a quienes veneró y compadeció en su relación con hombres incapaces de comprender esa inteligencia amplia y vigorosa, sutil y profunda, que no necesariamente se subordina a las normas de la racionalidad —léase, en este caso, cuadratura, chatez, insensibilidad—, atribuida convencionalmente al sexo masculino. No en vano fue lector profundo de Sor Juana, de Flaubert, de Proust, de Virginia Woolf y sobre todo de Leopoldo Alas Clarín, y resumió su posición frente a los sexos en estas palabras tan agudas como contundentes: “El sexo débil, ni tan débil; el sexo fuerte ni tan sexo”. Por si fuera poco, O'Gorman les regaló a las feministas un aforismo relativo al género: “El más gigantesco equívoco de nuestro idioma es hablar del hombre como si eso incluyera a la mujer”. No pensaba, por supuesto, que debería de excluirse a la mujer del concepto hombre, sino por lo contrario, que el concepto hombre, de no incluir a la mujer con las diferencias profundas que ésta guarda con respecto al hombre, es terriblemente reductor. Sé que en nuestra lengua los asuntos de género son harto complicados. He advertido, y así se lo comentaba a don Edmundo, que, cuando hay dos palabras para diferenciar al hombre de la mujer, como *poeta* y *poetisa*, las mujeres propugnan por que sólo haya uno en aras de la igualdad, y cuando hay uno solo, como *jefe*, propugnan por que haya dos, *jefe y jefa*, en aras de la diferencia. De acuerdo a las mejores causas de los programas



de género, un proverbio tan sencillo como "el perro es el mejor amigo del hombre" ahora tendría que enunciarse, en detrimento de su eficacia, como "la perra y el perro son la mejor amiga y el mejor amigo de la mujer y del hombre indistinta y no siempre respectivamente".

En esas comidas hablábamos de la relación promiscua entre la historia y la literatura y, aún más específicamente, de los límites imprecisos entre la novela histórica y la historiografía. Y es que para O'Gorman la imaginación era tan inherente al trabajo del historiador como al del novelista. "El reto del historiador —decía— es hacer inteligibles con la imaginación las zonas irracionales del pasado", y criticaba acremente a quienes fatigaban archivos y bibliotecas para sustentar en fuentes directas cuanto decían en sus libros y en sus artículos. Si todo lo que se escribe puede comprobarse, para qué escribirlo, se preguntaba, y concluía su pensamiento con otra frase lapidaria: "Estar al día es sacrificar la imaginación". No proponía, por supuesto, que el historiador prescindiera de la investigación documental, sino que la abandonara en el preciso momento en que sintiera que la historia se le revelaba, para seguir esa revelación con toda su sensibilidad y con toda su imaginación. No en vano la obra más conocida y más reconocida del doctor O'Gorman, *La invención de América*, es un tributo a la imaginación, a la importancia histórica de la imaginación.

Así las cosas, cómo establecer el deslinde entre la literatura y la historiografía, entre una novela y una relación históricas si en ambos casos el autor, sea éste un novelista o un historiador, acuden al expediente de la imaginación para iluminar las zonas oscuras del pasado y vierten sus revelaciones en un discurso escrito. A O'Gorman no le sonaba descabellada la tesis de algún teórico estructuralista que diferenciaba ambos discursos por la distribución de los personajes principales y los personajes secundarios en el discurso narrativo. Quienes en la historia desempeñaron un papel protagónico, lo siguen desempeñando en el relato historiográfico, mientras que en la novela histórica, los personajes principales son los que en la historia no tuvieron ninguna preponderancia. En *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, por ejemplo, el personaje principal es un esclavo que no tuvo ninguna voz en la historia, en tanto que el General Leclerc o Paulina Bonaparte, que en buena medida la determinaron, se presentan como meros referentes cronológicos.

Como quiera que sea, Edmundo O'Gorman sabía que el conocimiento y el disfrute de la literatura eran complemento indispensable de la imaginación histórica y requisito para entender el objeto de estudio del historiador, el ser humano. Cómo pueden ser historiadores, decía de algunos alumnos demasiado apegados a las fuentes documentales, si no leen novelas, si no beben, si no hacen el amor.

O'Gorman, que cultivó como nadie la imaginación en sus

"Las mujeres son anticonstitucionales; su sola existencia es una amenaza a las garantías de la libertad y la propiedad individuales."

"La desobediencia de Adán y Eva generó la historia; Cain la inauguró."

"Desde que se instauró el sufragio universal, la democracia juega a la baja."

trabajos historiográficos y que forjó una prosa espléndida, llena de juegos verbales, de audacias, de ingenios, de comparaciones clarísimas, que con mucha frecuencia involucraban al amor, se sentía, empero, absolutamente incompetente para escribir una novela. Jamás podría empezar un libro, decía, con una frase como "la marquesa llegó a las cinco"; sin embargo fue un ávido lector de literatura y particularmente de novelas.

Después de comer subíamos a mi estudio, desde cuyo ventanal se ve la Ciudad de México hasta donde la contaminación del aire lo permite. Ahí tomábamos el café y los licores y nos fumábamos sendos habanos. La tarde iba cayendo pero la conversación seguía con puntualidad litúrgica sin que se nos ocurriera prender la luz, de manera que poco a poco y sin darnos cuenta nos íbamos quedando en la penumbra, iluminados por la conversación, que se iba haciendo cada vez más íntima, y por las luces de la ciudad que empezaban a prenderse hasta transformar el paisaje en un océano luminoso y palpitante. Y entonces hablábamos de literatura. Dickens, Proust, Nakobov, Quevedo, *Clarín*, Joyce, Sor Juana, Cervantes, Wilde, Paz, Graham Green, Bernard Shaw, Pérez Galdós Choderlos de Laclos, Virginia Woolf, Borges.

O'Gorman recordaba con impresionante exactitud las lecturas de su infancia. En la casona de San Angel, amenazada por las tropas revolucionarias que irrumpieron en la ciudad capital el año 14 y apenas protegida por una bandera inglesa que el padre

"El historiador debe alcanzar una verdad que la posteridad privilegie como error."

*"El... Me encantan las ruinas
Ella... No seas narcisista."*

*"Ceder a la falta de voluntad
proporciona uno de los mayores
placeres de los que es capaz el
alma."*

enarboló como señal de paz en el portón principal, se reunía la familia al caer la tarde para cumplir el ritual de la lectura. El padre, Cecil O'Gorman, leía en voz alta un capítulo de alguna novela inglesa y, al concluirlo, le daba el libro a alguno de los hijos, quien leía el capítulo siguiente, al término del cual, a su vez, lo pasaba a otro hermano, hasta que todos hubiesen leído, de manera que no sólo aprendieron a leer sino también a oír leer, como en los tiempos de *El Quijote*, que O'Gorman mantuvo vivos hasta el fin de sus días. Seguía la misma costumbre de leer en voz alta, según me cuenta Patricia Urías, en el Seminario del Amor, dedicado, por cierto, más a la literatura que a la historia, al que concurrían sus amadas discípulas y en el que O'Gorman, con la puntualidad y el rigor que le eran habituales, desempeñó su última actividad académica.

En esas reuniones familiares de la infancia, O'Gorman leyó a los grandes novelistas ingleses del siglo XIX, entre ellos, muy acuciosamente, a Dickens. Veneraba la literatura de lengua inglesa y, cuando la comparaba con la española, decía que ésta, a diferencia de aquella, carecía de continuidad, en buena medida porque después de la portentosa literatura de los Siglos de Oro, con el dominio borbónico, se impusieron los modelos franceses, que corrompieron y degeneraron las letras españolas, que las despojaron de su fuerza, de su vigor, de su temperamento. En este punto de la conversación contaba invariablemente, como ejemplo de la

degradación que había sufrido España en el siglo XVIII, el caso de aquel petimetre, un señorito español, que le reclamó al zapatero que los zapatos que le había mandado a hacer le incomodaban al caminar, y el zapatero había respondido: pero ¿quién le dijo al señorito que eran para caminar? La literatura inglesa, en cambio, gozaba de una límpida tradición en la que las corrientes y los estilos se sucedían unos a otros con sus apreciables diferencias y rupturas con respecto a los modelos precedentes, pero sin varianza en su calidad. De William Shakespeare y Ben Jonson a James Joyce y Graham Green, la lengua inglesa había construido una consistente tradición literaria, sin descensos ominosos.

Cosa quizás de sus apellidos y de sus orígenes, entre los escritores de lengua inglesa tenía especial predilección por los irlandeses. Admiraba a Oscar Wilde por la eficacia aforística que O'Gorman le heredó y por su capacidad de desnudar a la sociedad victoriana; a Bernard Shaw por su inteligencia crítica y a James Joyce por hacer de la historia cosa cotidiana y por haber exacerbado las posibilidades de la lengua de Shakespeare. El cuarto escritor irlandés al que respetaba y admiraba aún más que a los mencionados se llamaba Edmundo O'Gorman.

En "Otro poema de los dones", Borges, con la ironía abrevada en la literatura inglesa que lo caracterizó, da gracias al divino laberinto de los efectos y de las causas "por Séneca y Lucano, de Córdoba, / que antes del español escribieron / toda la literatura española". O'Gorman, con idéntica ironía, podría haber suscrito semejante impropio, pero, igual que Borges y no obstante la irregularidad de la tradición literaria española, admiró a Cervantes y muy especialmente a Quevedo por su hispanidad, por su humor, por la manera de mezclar la vida más ordinaria con las más altas preocupaciones morales y metafísicas. Cuando, siguiendo a Borges, le comentaba que Francisco de Quevedo no tenía ninguna obra que lo representara cabalmente, a diferencia de Dante o de Cervantes, que se identifican con *La Comedia* y con *El Quijote* respectivamente, O'Gorman me decía que más allá de *El Buscón* y haciendo caso omiso de sus obras religiosas, Quevedo era el autor de una obra monumental, que nadie más que él pudo haber escrito, a saber: los dos últimos versos de su soneto *Amor constante más allá de la muerte*:

*serán ceniza, mas tendrán
sentido;
polvo serán, mas polvo
enamorado.*

De todas las novelas españolas del siglo XIX, O'Gorman se quedó con *La Regenta*. En su opinión de historiador, la novela de Leopoldo Alas *Clarín* valía por toda la obra de Benito Pérez Galdós, incluyendo los *Episodios nacionales*. Le encantaba la penetración de *Clarín* en el alma femenina en ese contexto abominable dominado por un clero ambicioso y una aristocracia venida a menos. Decía que se podía saber mucho más del siglo XIX español por la lectura de *La Regenta* que por todos los trabajos de historia referidos a ese período.

O'Gorman amaba también a Sor Juana. Las últimas palabras que le oí decir en el hospital, apenas comprensibles, fueron éstas que revelan su adoración por la mujer más inteligente que ha dado este país y su certidumbre de que la muerte, como predicaba Calderón de la Barca, a todos nos empareja y nos acerca: "¿Verdad, Gonzalo, que Sor Juana era un cuerito?" Con razón pensaba que los versos de Quevedo eran la gran obra de la literatura española:

*Serán ceniza, mas tendrán
sentido;
polvo serán, mas polvo
enamorado*

Tras la muerte de Edmundo O'Gorman, me quedo hablando solo, en la penumbra, y hasta las luces de la ciudad, que transforman el paisaje en un océano luminoso y palpitante tan pronto cae la tarde, me parecen mortecinas. X

Homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*

FEDERICO ÁLVAREZ

Adolfo Sánchez Vázquez es un hombre hecho por la vida. (No es una perogrullada: los hay que han sido hechos en contra de la vida.) Y lo de ser hecho por la vida, no es forzosamente una ventaja. Es, como dos o tres generaciones españolas, un hombre marcado por la guerra. La historia lo agarró muy pronto del cuello y no lo dejó escapar.

Pero Adolfo Sánchez Vázquez es un hombre hecho por la vida que, en la mitad del camino, como Dante, decidió, sin dejar de estar donde estaba, enfrentarse a esa factura. Tarea tremenda en la que ha triunfado. Veamos.

Adolfo Sánchez Vázquez es mayor que yo poco más de una década, y algo más de una década—casi década y media—era mi padre mayor que él. Confío en que se vea claramente, sin más trámite, la importancia que para mí tiene esta carambola generacional que responde a la famosa bisagra quinceañera de la teoría de Ortega.

Debo seguir haciendo atados cronológicos; cuando terminó la guerra de España (que pasé lejos de mis padres, con mis abuelos, en una ciudad veraniega del norte, en la zona franquista) yo tenía 13 años (algo de hambre, parientes fusilados, misticismo enfermizo, tristezas—aunque tal vez sean más las de ahora al recordarlas, que las que entonces realmente sentía—); Sánchez Vázquez tenía 25 (militancia, periodismo y poesía de guerra, noviazgo de guerra, mítines, conocer a Hemingway, a Stephen Spender, a Hans Beimler, a don Antonio Machado...); mi

padre 39 (camarada de Adolfo, mayor del ejército, iguales ideas, responsabilidades parecidas, pero ya con tres hijos). En alguna ocasión, ya en el exilio, oí decir a mi padre: "fueron los mejores años de mi vida". Estaba también marcado. A medida que fui cobrando conciencia, fui adquiriendo una invencible envidia de mi padre; una ansiedad de guerra. Mi obsesivo antifranquismo exiliado nace de esa envidia. Como el de toda mi generación (tercera generación—dicen— del exilio). El politicismo es nuestra marca colectiva evidente, heredada.



* Texto leído el 18 de septiembre de 1995 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras.

En contra de lo que es común pensar, los exiliados no hablaban mucho de la guerra, pero a poco que se rascara, la guerra estaba ahí convertida en el esqueleto de todas las vivencias personales mejor atesoradas. Si hablaban de la guerra era porque yo preguntaba. Era fácil, en aquella cercanía cotidiana, doméstica, estar orgulloso de ellos: fueron valientes, desprendidos, honestos, inteligentes, sencillos, buenos. Todo el antifascismo de los años treinta y cuarenta tiene una auténtica pátina moral que hoy habría que recordar con nostalgia.

Tenían un defecto grave (que nos parecía una virtud): estaban seguros de tener la verdad en la mano. Era absolutamente lógico. A pesar de haber sido derrotados, vivían y hablaban como si hubieran triunfado, como si la batalla decisiva todavía estuviera por delante. Y así era, en efecto. Fue igualmente lógico que mi generación heredara ese defecto (no hubo choque generacional entre mi generación y las dos anteriores; siempre pensamos y sentimos lo que pensaban y sentían ellos). Pero ellos defendían esa verdad con su vida (la de antes y la de ahora); nosotros, con nuestra pedantería. ¡Cuánto aprendimos, sin embargo! Era como si la historia se hubiese hecho carne y nos hablara. Era —son palabras de Nietzsche— como una pleamar del espíritu.

Conocí a Sánchez Vázquez en una reunión de intelectuales comunistas exiliados que se celebraba en mi casa. Fines de los años cuarenta. Yo era todavía estudiante, pero con qué generosidad nos cooptaban. Desde el primer día lo tuteé. Tenía yo veinte años. Me regaló el libro de sus versos editado en Morelia en tinta morada: *El pulso ardiendo*, título transparente que todos hacíamos nuestro. Las reuniones de la redacción de la revista *Nuestro Tiempo* (la de entonces) se hacían en mi casa: Edison 11, detrás de la Lotería. ¡Qué noches! Alaminos, Roces, Miguel Prieto, Garfías, Rejano, Renau, Mantecón, Ballesteros, García Narezo, Rodríguez Luna, Benedico, Sánchez Vázquez; ¡qué curioso; todos españoles, todos mexicanos! Y, al terminar, cruzábamos El Caballito, y nos

llegábamos a *Novedades*, cuyo inolvidable suplemento cultural diagramaba Miguel Prieto, a ver a Fernando Benítez, a Vicente Rojo, a Henríque González Casanova, a Elvira Gascón, a Juan de la Cabada, a Francisco Pina, a Carlos Fuentes; el Suplemento en el que publiqué mis primeros artículos largos...

Estar, pues, en este homenaje es algo que va de suyo. Como en los agradecimientos de los libros sesudos debemos decir: hemos querido ser como ellos eran, aprendimos lo que ellos nos enseñaron; sólo los defectos son nuestros.

Y ahora vuelvo a lo de "ser hecho por la vida". Recuerdo a Adolfo casi siempre serio. No siempre: casi siempre... Escuchaba. (Sabe escuchar.) Pero cuando hablaba, decía siempre algo sensato, inteligente. Era el más joven (todos los exiliados que he mencionado han muerto ya) pero todos le escuchaban siempre con atención y respeto. Todos estudiábamos, pero él estudiaba más y mejor. Lo recuerdo ahora, retrospectiva-



mente: "comía ansias". Releyendo el libro que hoy presentamos (*Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días*), eso se ve con frecuencia. Creía llegar tarde. Por eso dije: "hecho por la vida, hecho por la guerra": condicionado por la guerra. Es el denominador común de su generación: Francisco Giner, Joaquín Díez Canedo, Sánchez Barbudo, Herrera Petere, Francisco Varela, Serrano Poncela... Hechos y deshechos por la guerra.

Pero Adolfo hacía ahora otra guerra: la guerra del tiempo, que dice Alejo Carpentier. Nosotros no lo sabíamos, pero la estaba ganando. Este homenaje lo prueba. Cuando salté de Ingeniería (el doctor Sánchez Vázquez fue alumno en Mascarones, yo en el Palacio de Minería, cada cual tiene su *pedigree*) a la Escuela de Letras (yo estudiaba aeronáutica, y el ingeniero Alberto J. Flores, el que puso casco a el Toreo, excelente ingeniero y excelentísima persona, decidió sensatamente no mantener una especialidad con siete alumnos, quince profesores y sin laboratorios) fui de oyente a sus clases de estética. Entre las tantísimas cosas que le debo, una de las primeras es la de intentar ver la teoría de la literatura como filosofía. No es la única alternativa, por supuesto, pero, oyéndolo, entendí esa relación como una llave, como un atajo. Luego, gracias a él también, supimos que había más de una llave, más de un atajo (en el arte y fuera del arte). Y muy oportunamente nos advirtió además que la realidad, por desgracia, seguía siendo, en esencia, la misma. Y que —cambiando todo lo cambiabile (que es mucho)— hay que estar donde estábamos: en el *a priori* martiano que pide echar nuestra suerte con los pobres, es decir, contra el mundo. Porque ¿qué clase de mundo es éste que tenemos en el octogésimo aniversario de Sánchez Vázquez, y cercano él a cumplir sesenta años de su bautismo de fuego (1936) en la guerra de España?

Ahora la vida nos deshace sin hacernos. Somos, por fin, muy sabios, pues de nuevo sólo sabemos que no sabemos nada. Pero una cosa es no saber y otra cosa es ser tonto. Seríamos muy tontos si no supiéramos, por ejemplo, que este mundo que nos deshace sin hacernos, este mundo bárbaro que quiere olvidarse de lo que sabe, lo hemos traído también nosotros. Cuando Sánchez Vázquez nos decía hace ya muchos años: "No hay que pretender encontrar en Marx todas las respuestas a la realidad";

cuando repite la famosa frase de Marx (escrita en una carta, inmediatamente después de verse citado elogiosamente por otros); "yo sólo sé que no soy marxista", entonces Sánchez Vázquez se dice también "no" a sí mismo para, paradójicamente, poder afirmarse. Y esta es, por ahora, su última gran lección.

Es la ruptura marxista con la tradición marxista, con el canon; y, a partir de esa ruptura, el desarrollo de una vía "no marxista" del marxismo, una vía no experimentada que, de manera acaso semejante a la de los matemáticos modernos que nos dieron una geometría, más allá de Euclides, no-euclidiana, y de los físicos contemporáneos que más allá de Newton, nos dieron una física no-newtoniana, empecemos a forjar una *aufhebung* del marxismo, una visión del mundo "más allá de Marx".

En esta transmodernidad de la modernidad que estamos viviendo, época postaurática, ha dicho alguien (y en efecto, ya no hay aura por parte alguna), a la que tal vez sería más justo llamar época póstuma (aunque nada haya nacido todavía), época desinente, época ínfima, sufijo, rabo, cola, rastra, sombra; en esta transmodernidad nos queda no obstante una certidumbre: la certidumbre de lo necesario y de lo posible. La certidumbre del amor y de la cultura que nuestra Facultad —burbuja de oxígeno— saca una vez más a la calle con libros como éstos que hoy presentamos; la certidumbre académica, ética y cordial en el pensador, maestro y amigo Adolfo Sánchez Vázquez. X

En torno a la presencia de Adolfo Sánchez Vázquez*

BOLIVAR ECHEVERRÍA

Agradezco a los organizadores de esta mesa la invitación a participar en la presentación del libro *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*, editado por Gabriel Vargas Lozano.

Resulta especialmente incómodo comentar en unos pocos minutos un libro como éste; un libro tan voluminoso, pero sobre todo tan desigual, que oscila entre momentos sumamente merecedores de encomio, como el de la polémica entre el propio maestro Sánchez Vázquez y el maestro Luis Villoro, y otros merecedores de todo lo contrario, como el de la disputa marxológica bizantina que también se encuentra en él. Incómodo, sobre todo, porque, más que una visión retrospectiva, más que un balance de los homenajes que ha recibido el maestro Sánchez Vázquez con motivo de cumplir sus ochenta años —homenajes que en cierta medida se recuperan en este libro—, yo quiero entender a esta mesa redonda como una continuación de esa serie de homenajes. Quisiera, por lo tanto deshacerme de esa incomodidad y ocupar los pocos minutos que me corresponden dentro de este acto en recordar —ubicándome más bien en el plano de la anécdota— un episodio que menciono también en el "mínimo homenaje al marxismo" de Adolfo Sánchez Vázquez que se incluye en el libro y tiene que ver con su biografía: con el impacto que tuvieron sus escritos en la generación que estuvo en edad estudiantil durante la década de los años sesenta;

con la razón de que su obra haya sido aceptada por ella y de que tenga actualmente la repercusión que tiene.

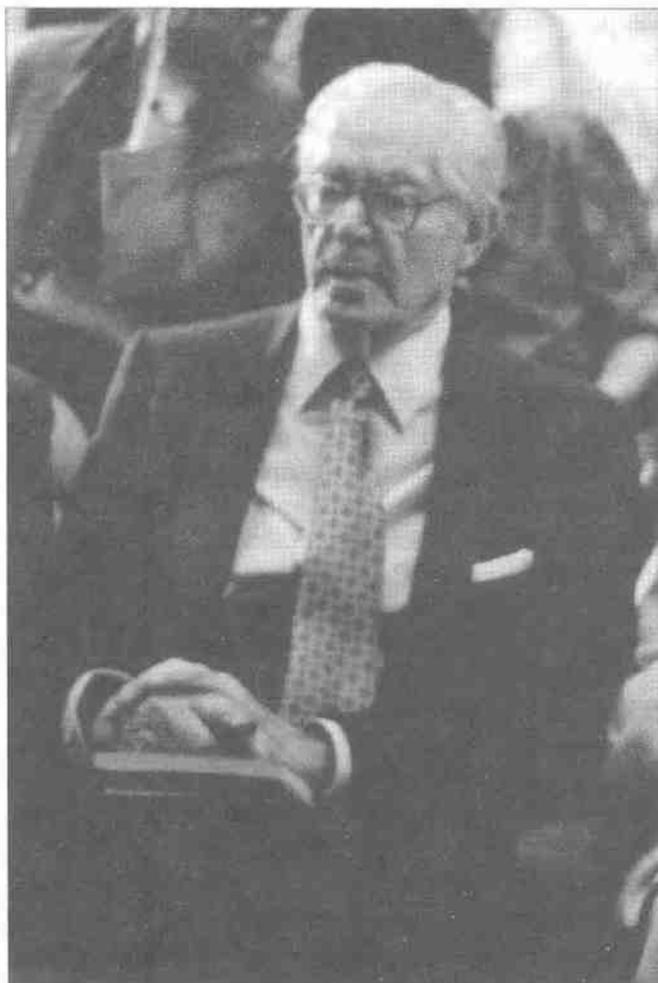
Muy al contrario de la imagen corriente de los marxistas que se difunde en el periodismo de la "alta cultura" —seres de intelecto limitado y abstracto, reacios a toda sutileza; doctrinarios de opiniones dogmáticas y monolíticas, testarudamente firmes en sus resentimientos sociales y étnicos, dotados de una fobia inocultable hacia la democracia y enamorados únicamente de la dictadura— los más de quienes llegamos a la militancia política de izquierda y a los estudios universitarios en



* Texto leído el 18 de septiembre de 1995 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras.

América Latina a comienzos de los años sesenta nunca vimos en la doctrina y el dogma del marxismo soviético, propios de las organizaciones políticas de izquierda, ninguna virtud ni ningún atractivo. El marxismo soviético era una rueda de molino con la que resultaba imposible comulgar y la inevitable convivencia con él sólo se podía sobrellevar dejando de tomarlo en serio y trasladándolo al plano de lo simbólico. Esa generación de intelectuales de izquierda, crecida más con el impulso heterodoxo de los rebeldes cubanos que en el recuerdo de la lucha antifascista, no creía que debía agotarse en repetir y componer variaciones de la misma vieja melodía marxista. Partía, sin duda, de la aceptación del proyecto central del discurso de Marx, pero se creía más bien llamada a rehacerlo e incluso a refundamentarlo esencialmente.

Para quienes estudiábamos en Alemania a comienzos de esa década, la necesidad de pensar todo de nuevo en torno a la idea de una revolución anticapitalista pasaba por la aceptación crítica de las críticas al marxismo que había levantado el existencialismo hegelianizante de Merleau-Ponty y Sartre, de los planteamientos postmarxistas de la Escuela de Frankfurt, de la revolución en la ontología que había iniciado Heidegger y de los marxismos heterodoxos de los años veinte (que nosotros mismos reeditábamos). Nuestras exigencias dirigidas a los otros y a nosotros mismos no toleraban las salidas ideológicas fáciles. En medio de ellas y dentro de los círculos de estudio de la AELA (Asociación de



Estudiantes Latinoamericanos) en Berlín, en los que dialogábamos con compañeros como Rudi Dutschke y Bernd Rabehl, entre otros, sensibles a la problemática del Tercer Mundo, era muy poco, por no decir nada, lo que, aparte de los ensayos de Mariátegui, los latinoamericanos podíamos presentar dentro de una línea teórica preocupada por reconstruir el discurso marxista. Por esta razón, recuerdo de manera muy especial la ocasión en que, excepcionalmente, pude presentar con orgullo el texto de un latinoamericano que podía resistir esas exigencias. Se trataba de un ensayo de Sánchez Vázquez sobre "Marxismo y estética" que acababa de ser publicado en una revista de la Cuba entonces revolucionaria, y en el que se esbozaba ya el intento posteriormente realizado de refundamentarlo el marxismo sobre la "teoría de la praxis".

La obra de Sánchez Vázquez tuvo una importancia especial dentro de un cierto sector de la generación

de universitarios que se inició a comienzos de los años sesenta en América Latina. Aquella parte que ponía el énfasis en el lado humanista del saber universitario que, en primer lugar, había sido atrapada por la dimensión estética de la vida cotidiana —y, por supuesto, por lo que de ella hay en las artes plásticas, la música y la literatura— y, en segundo lugar, que había tomado partido por la lucha revolucionaria como la vía más adecuada para romper el círculo de la miseria y la injusticia que agobia al pueblo. Era un amplio conjunto de jóvenes que pensaba que la verdad, la bondad y la belleza, es decir, la técnica moderna, la democracia económica y política y la estetización de la vida cotidiana, se pertenecían entre sí, que podían y debían ir juntas. Esta generación —que suponía por lo tanto que el arte y la revolución iban por el mismo camino, que incluso en ciertos trechos, eran la misma cosa— veía entonces con asombro que justo aquella ideología, que pretendía guiar los pasos de la revolución, se veía en la necesidad, por un confuso juego de fidelidades dogmáticas, de jerarquizar lo injerarquizable y de administrar con predilecciones y prohibiciones oficiales el encuentro y la combinación de "dos instancias" que estaban ya por sí mismas compenetradas, el arte y la revolución. El marxismo soviético desconfiaba de la espontaneidad del pueblo y en la medida en que lo hacía veía en el arte una actividad sospechosa.

Para esta generación, la publicación del ensayo de Sánchez Vázquez tuvo una importancia especial. Era un ensayo sobre la autonomía del arte respecto de la economía y la política, que venía a mostrar que una teoría de inspiración marxista, si estaba bien pensada, no sólo no obstaculizaba el entendimiento de una relación libre entre el arte y las necesidades sociales, sino que lo abría y facilitaba.

Pocos de aquellos lectores suyos en Europa han tenido la oportunidad de encontrarse personalmente con él y menos aun tuvieron el privilegio, como yo, de participar, en calidad de ayudante, en su famoso Seminario de Estética o de colaborar con él, como traductor, en la preparación de alguno de sus libros. El respeto que el maestro Sánchez Vázquez tiene por el otro, su interés por las opiniones que éste pueda tener, incluso contrarias a las suyas propias; su atención, entre distante y comprometida, a los desarrollos que el discurso del otro pueda tener, lo convierten, para los muchos que hemos tenido que ver con su docencia y con sus libros, en una figura indispensable de la cultura académica de México en nuestros días. De la experiencia de una colaboración amistosa, que se extiende hasta el día de hoy, puedo concluir que, si hay un homenaje justificado a un maestro, ese es el homenaje que hacemos ahora —sólo en parte con esta mesa redonda— al maestro Adolfo Sánchez Vázquez. X



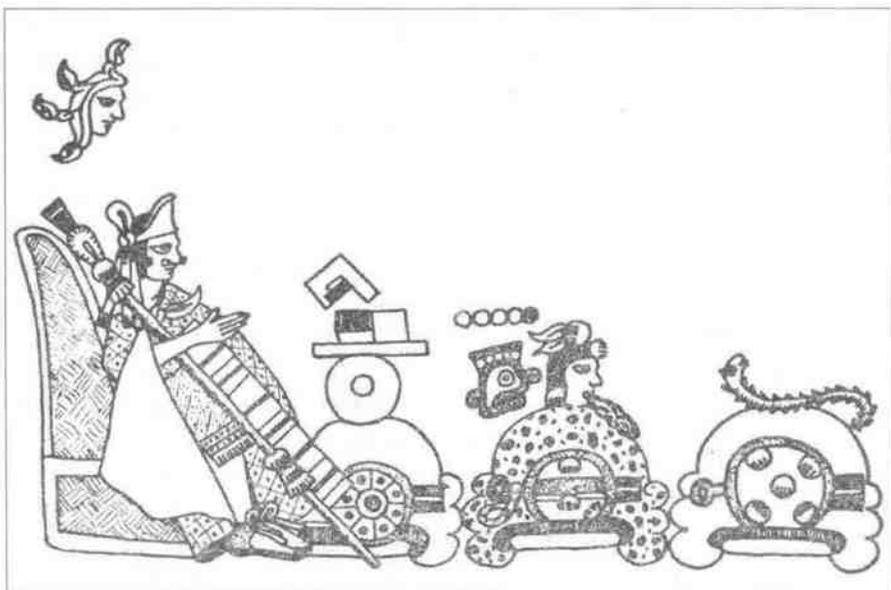
En ocasión de la entrega de la Medalla Belisario Domínguez 1995 al destacado historiador mexicano Miguel León-Portilla, queremos hacer aquí una breve reflexión sobre el significado y trascendencia de su obra para el conocimiento de los pueblos indígenas de México.

Dice Clementina Díaz y de Ovando que Miguel León-Portilla de niño fue inquieto, inteligentísimo, vivaz, alegre y creativo,¹ y éstas son condiciones caracterológicas que ha conservado hasta hoy, y que se manifiestan también en su obra, que es uno de los pilares del reconocimiento y la reivindicación de los indígenas de México.

Él mismo relata (en una entrevista que concedió para el libro en homenaje suyo que publicó la Universidad Nacional Autónoma de México), cómo desde la filosofía llegó al mundo náhuatl, a través de su literatura: cuando realizaba su tesis de maestría en filosofía sobre Henri Bergson, en California, cayeron en sus manos traducciones de textos nahuas antiguos realizadas por Angel María Garibay, que despertaron su vocación de intérprete de la palabra de nuestros antepasados indígenas. "Esas traducciones fueron para mí como una revelación", asienta, pues "en los textos traducidos por Garibay había expresiones de gran hondura, planteamientos que pueden interesar a cualquier filósofo de la cultura".² En seguida escribió a su tío, el antropólogo Manuel Gamio, comunicándole su interés en los textos nahuas, y éste lo remitió con Garibay, cuya respuesta fue: "Lo primero que tiene usted que hacer es estudiar ná-

Miguel León-Portilla. Luminoso intérprete de la palabra náhuatl

MERCEDES DE LA GARZA



huatl". Así, el eminente filólogo mexicano Angel María Garibay se convirtió en el maestro de Miguel León-Portilla, quien habría de seguir pronto su propio camino en el conocimiento y comprensión de los antiguos nahuas.

El sitio de Miguel León-Portilla en el mundo cultural de México es excepcional por haber puesto sobre las creaciones de los nahuas prehispánicos, particularmente sus textos, una mirada nueva y tan profunda, que con ella les permitió recobrar su dignidad, perdida desde la imposición del pensamiento occidental con la conquista española.

A partir de su sólida formación como filósofo y de la sabia enseñanza de su maestro Angel María Garibay, León-Portilla se internó en el estudio de la lengua y los antiguos textos de los nahuas, revalorando su pensamiento, su visión peculiar del mundo y de la vida. Los textos que analiza son los recogidos por frailes españoles y los elaborados por los propios indígenas en los primeros años de la Colonia, la mayor parte de ellos escritos en náhuatl.

En la entrevista antes mencionada, asienta: "A mí me ha interesado ser portador de la palabra de un pueblo... Tuve yo el privilegio de ser portador de la imagen que nos dejaron los vencidos, los antiguos mexicanos".³

Pero aunque él se considera sólo portador de la voz de los antiguos nahuas, los textos que de aquéllos se conservan no revelan por sí mismos su mensaje, sino que ha sido gracias a su peculiar inteligencia y sensibilidad, a su profundo conocimiento filosófico, que esos textos antiguos han cobrado su real significación.

Con singular penetración, León-Portilla ha mostrado que los antiguos indígenas no sólo fueron capaces de construir esas grandiosas ciudades que hoy vemos en ruinas y que despiertan el asombro y la admiración de hombres de todas las naciones del mundo, sino que también tuvieron una extraordinaria capacidad poética y racional, a la altura de la de los pueblos cultos del mundo occidental.

En su primera obra, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* (1956), León-Portilla corrobora, analizando antiguos escritos míticos y poéticos, que los nahuas llegaron a plantearse los mismos problemas universales que se plantearon los filósofos griegos, iniciadores de la filosofía occidental, como por ejemplo, qué es el mundo, qué es el hombre, qué son los poderes que lo trascienden y cuál es el sentido de la vida humana sobre la tierra y de la muerte. Su pensamiento se puede considerar, por ello, filosófico, aunque se exprese en un complejo y peculiar lenguaje mítico, del mismo modo que varios filósofos griegos, particularmente los presocráticos y Platón, comunicaron también sus ideas a través de mitos.

Es ésta una nueva visión de esas expresiones literarias antiguas de los indígenas, que sólo habían sido consideradas de manera parcial. Como dice Bonifaz Nuño, "nadie había tratado, hasta entonces, de buscar en tales creaciones la unidad indudable, los cimientos humanos en los cuales, de manera necesaria tuvieron que sustentarse".⁴

Y además, Miguel León-Portilla destaca que los nahuas no sólo se cuestionaron filosóficamente, sino que tuvieron una visión estética del mundo, ya que expresaron sus ideas en símbolos y metáforas de gran belleza literaria. Revela, con su fiel traducción de la palabra indígena, que en el mundo náhuatl el arte fue una vía de conocimiento. Él mismo asevera:

Cuando se me reveló el conocimiento indígena de metáforas, de flores y cantos, es decir, la visión náhuatl del mundo como arte, como metáfora, encontré un camino de pensamiento que había florecido en Mesoamérica... Una visión estética del mundo a partir del símbolo y las metáforas indígenas... como camino de conocimiento...⁵

Así su labor, que sitúa la palabra escrita de los indígenas a la altura del pensamiento filosófico y de la literatura occidentales, tiene analogías con la aportación de Justino Fernández, que consistió en demostrar que el arte plástico indígena, con su notable peculiaridad, está a la altura del gran arte de la cultura occidental, pues aunque sus valores plásticos y significativos son diferentes, no son menos artísticos.

La interpretación de los textos en su lengua original que León-Portilla ha realizado, constituye un nuevo modo de descifrar el sentido oculto de los símbolos. No es mera especulación, sino resultado de una hermenéutica profunda, de una mirada filosófica que penetra en el mensaje de la literatura náhuatl y comprende su intrínseca significación. Con ello, el historiador ha situado las obras escritas que dejaron los grupos nahuas entre las creaciones culturales más importantes del mundo antiguo, reivindicando a los indígenas de nuestro país, olvidados y repudiados a raíz del sometimiento colonial.

También fue novedoso el método creado por León-Portilla, que no consiste en la mera presentación de los datos, ni en hacer especulaciones infundadas acer-

ca de las creencias indígenas, sino en realizar un análisis cuidadoso y detallado de los documentos que se consideran los más confiables, dejándolos hablar a ellos mismos, traduciendo la manera de conceptualizar propia de los indígenas, sin acudir a modelos ajenos para explicar lo prehispánico, como se había hecho antes.

Es aquí pertinente recordar las palabras que sobre *La filosofía náhuatl* dijo el reconocido escritor Agustín Yáñez:

Ficha sobresaliente no sólo de la bibliografía mexicana por la investigación acuciosa que la enriquece, por el espíritu de método que la rige, por el aliento interpretativo que la desenvuelve, confiriéndole universalidad en la medida que ahonda en lo autóctono las preocupaciones ineluctables del hombre, cualesquiera que sean su tiempo y circunstancias, o las formas que asuma su representación, tanto más valiosas cuanto diferentes, al fin unificadas bajo denominadores radicales: imagen del universo, ideas metafísicas y teológicas, origen y destino del hombre, sentido de la existencia y formas adecuadas de vida. Precisamente son éstos los enunciados que sirven de categorías al doctor León-Portilla para estudiar y fijar el pensamiento filosófico náhuatl.⁶

Con el enfoque y el método creados por Miguel León-Portilla, en esa su primera y fundamental obra; con su radical convicción de que a través del análisis de la lengua se puede penetrar al pensamiento indígena y desentrañar su significados más profundos, a su juicio filosóficos, abrió un

importante cauce de conocimiento y comprensión de todas las demás creaciones de los antiguos indígenas: sus ciudades, sus obras plásticas, sus sepulturas.

Éste fue el camino que León-Portilla inició para la comprensión de las culturas indígenas, las cuales constituyen uno de los fundamentos de nuestra identidad nacional, por lo que el principal destinatario de su obra es, como dice Rubén Bonifaz Nuño, "ese mexicano incrédulo de lo suyo, desconfiado de sí, que niega lo indio acaso porque su sangre es de indio". Así, gracias a León-Portilla, "el pensamiento ha suplido a la burla, y en lo profundo de la conciencia, ha cobrado sus propios fulgores renovados el orgullo de lo que se ha sido y se es".⁷

Por todo lo anterior, podemos decir que tanto aquellos hombres de los principios de la Colonia, entre los que destaca fray Bernardino de Sahagún, quien recogió amorosamente el pensamiento náhuatl en textos escritos por los propios indígenas, como Miguel León-Portilla, que ha hecho resurgir ese pensamiento con su humilde y a la vez luminosa y profunda traducción y comprensión de esos antiguos textos, nos han dado a los mexicanos de hoy la revelación de ese antiguo pensamiento indígena, de esa visión extraordinaria del mundo, el hombre y los dioses que tuvieron los sabios nahuas y que, de algún modo, de forma oculta e inconsciente, subyace en nuestro ser histórico.

Con su obra, Miguel León-Portilla ha contribuido de una manera sustancial, no sólo al rompimiento de un arraigado eurocentrismo que consideraba que no había más filosofía ni más arte que los occidentales, sino que además, al mismo tiempo que redignifica el pensamiento indígena, enriquece a la propia historia de la filosofía, añadiendo a ella el pensamiento de los indígenas mesoamericanos prehispánicos, el cual se expresa tanto en esos textos, rescatados en los primeros años de la Colonia, como en sus extraordinarias obras plásticas, que sólo adquieren su completa significación a través de la palabra escrita por los propios indígenas.

Desde la postura y método iniciados en *La filosofía náhuatl*, Miguel León-Portilla ha desarrollado una amplia labor de investigación, plasmada en más de 25 libros, reconocidos a nivel internacional y traducidos a varios idiomas. Entre ellos se pueden mencionar: *La visión de los vencidos*; *Los antiguos*

mexicanos a través de sus crónicas y cantares; *El reverso de la conquista; Trece poetas del mundo azteca; Tiempo y realidad en el pensamiento maya; México-Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados; Toltecatyotl, aspectos de la cultura náhuatl y Literaturas indígenas de México*. De este modo, a él debemos, principalmente, la transmisión de los valores indígenas mexicanos a diversas partes del mundo.

Miguel León-Portilla formó con esta postura original a varios nahuatlatoles, tanto mexicanos como extranjeros que, a partir de la sólida base de conocimiento creada por él, han seguido diversos caminos de acercamiento a la cultura náhuatl, así como a historiadores que han enfocado su atención en otros grupos indígenas de México.

Y León Portilla, además de hacer vivir de nuevo el pensamiento de los nahuas antiguos, expresado en la palabra escrita, ha exaltado el valor propio de los pueblos indígenas actuales, sobrevivientes de aquellos grandes hombres. Luchando en contra de la discriminación del indígena que viene desde la Colonia, León-Portilla ha pugnado por despertar la conciencia de que ellos tienen el derecho inalienable de mantener vivas sus lenguas y sus culturas, el derecho a ser ellos mismos, con su propia identidad.

Actualmente, con varios investigadores de México y de Francia, con indígenas hablantes del náhuatl, así como con alumnos de su Seminario de Cultura Náhuatl, del posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, continúa trabajando en la traducción y análisis de importantes obras indígenas coloniales, y mantiene estrecho contacto con grupos de lengua náhuatl de Guerrero, Veracruz, Tlaxcala, Puebla y el Distrito Federal, particularmente con los de Milpa Alta. Uno de esos indígenas, Librado Silva Galeana, ahora brillante discípulo y colaborador de Miguel León-Portilla, dice sobre la labor de su maestro: "es la obra amorosa de un hombre que ha dedicado su vida al esclarecimiento y explicación de nuestras raíces ancestrales".⁸

Y sobre ese acercamiento a los indígenas de hoy, que ha permitido que ellos colaboren activamente en su trabajo de investigación, León-Portilla afirma: "sólo queremos convencerlos del gran valor de su lengua y su cultura".⁹ X

NOTAS:

¹ Miguel León-Portilla, *Imagen y obra escogida*, México, UNAM, 1984; p. 24.

² *Ibidem.*, p. 9.

³ *Ibidem.*, p. 11.

⁴ *Ibidem.*, p. 22.

⁵ *Ibidem.*, p. 10.

⁶ *Ibidem.*, p. 19.

⁷ *Ibidem.*, p. 21.

⁸ *Ibidem.*, p. 29.

⁹ Semblanza de Miguel León-Portilla, *Gaceta UNAM*, noviembre de 1994.

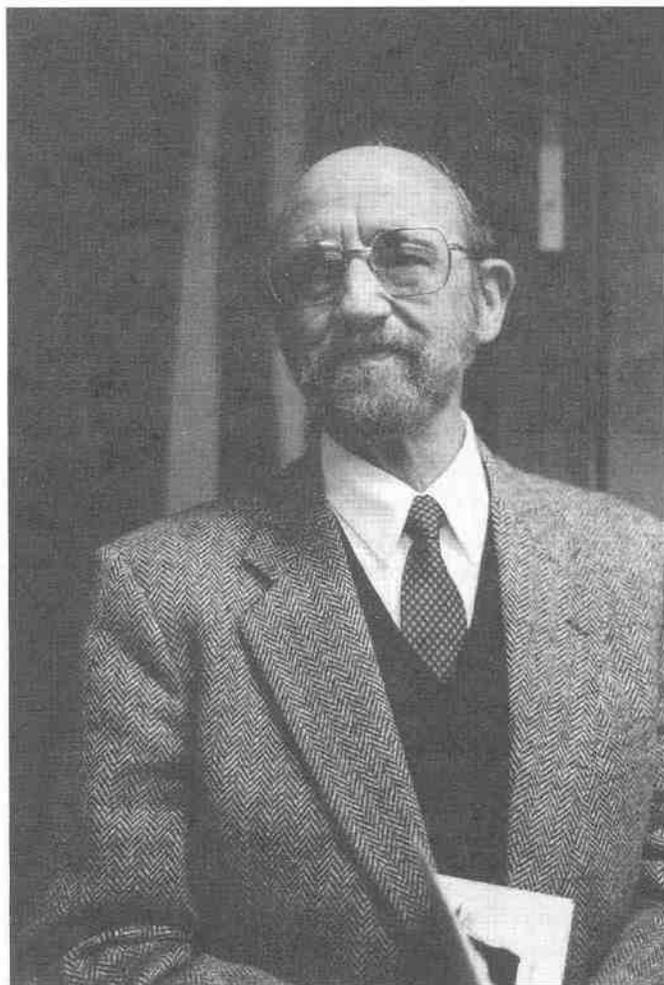
Representantes de los alumnos al Consejo Técnico de la Facultad

El pasado 19 de octubre se realizaron las elecciones de representantes de los alumnos ante el Consejo Técnico, las cuales fueron calificadas por este cuerpo colegiado en su sesión del 27 de octubre.

Las fórmulas ganadoras fueron:

Del Colegio de Bibliotecología: Verónica Iglesias (propietaria) y Mariana Dalzell Baca (suplente); **Colegio de Estudios Latinoamericanos:** Cecilia Rejón Baz (propietaria) y Gustavo Ogarrio Badillo (suplente); **Colegio de Filosofía:** Pablo Alonso Ruiz (propietario) y Amalia Muñoz González (suplente); **Colegio de Geografía:** María Teresa Ruiz Ortiz (propietaria) y Fernando Arturo Damián García (suplente); **Colegio de Historia:** Nahuatzen Ávila Díaz (propietario) y Brenda Yanina Ramírez Gómez (suplente); **Colegio de Letras:** Pavel Ávila Díaz (propietario) y Jorge Salvador Jurado (suplente); **Colegio de Literatura Dramática y Teatro:** Sergio Armando Rodríguez (propietario) y Elizabeth Guadalupe Solís (suplente); **Colegio de Pedagogía:** María de Lourdes Caudillo Zambrán (propietaria) y Alma Rosa Albarrán (suplente).

El pleno del Consejo Técnico se congratuló por el espíritu universitario presente durante todo el proceso electoral y los consejeros coincidieron en opinar que estas elecciones habían sido modélicas por la tranquilidad, la limpieza y la participación de la comunidad estudiantil. X



Entrevista a Juan M. Lope-Blanch

— POR BORIS BERENZON GORN

1. *¿Por qué existe un vocabulario de la muerte en México?*

Porque una de las peculiaridades que se han señalado reiteradas veces, como propias del espíritu mexicano, es su desdén, su sátira, su burla de la muerte. A mí me llamó la atención con cuánta frecuencia el mexicano se ocupa de temas mortuorios, normalmente para reírse de la muerte. Una de las peculiaridades del mexicano es su sentido del humor, y precisamente ese sentido se ejerce en su trato con la muerte, burlándose de ella, restándole importancia, tomándola a broma. Se piensa que es una forma de mostrar el desprecio a la muerte; yo creo que no. Yo creo que es el resultado de un intenso temor, natural en el hombre, y que para vencer ese temor, para, por lo menos, mitigarlo, se toma a la ligera, a broma, y así se le resta importancia. Yo vi que había una gran variedad de expresiones para denominar conceptos mortuorios, y recogí una serie de expresiones, de palabras, que se referían sólo a los conceptos de morir, matar, agonizar —los conceptos básicos—, y reuní

un elevadísimo número de formas, la mayor parte de ellas irónicas, burlescas, que están dentro de un librito. Estas formas, estas expresiones muchas veces siguen moldes tradicionales muy antiguos, pero que en México se recrean, se reiteran, se amplían, se diversifican. Un ejemplo: la denominación del ataúd como "vestido de piedra" es una expresión griega: el ataúd es el último vestido que se pone el difunto, de piedra. Bien, pues de este molde el mexicano creó diversas variantes, una de las cuales incluye formas, palabras francesas como *chemise de tablas*, *vestido de madera* y así muchas otras. Una expresión general en español y en otras lenguas para decir que alguien se murió, es referirse a que "se lo llevó el diablo", "se lo llevó Patetas", "se lo llevó La Parca". El mexicano lo recrea y aumenta con ese sentido festivo. Recuerdo que hace años, cuando el primer cohete enviado por los rusos al espacio, iba al mando Yuri Gagarín; entonces nació la expresión "se lo llevó Gaga", "se lo llevó Gagarín". Y esto es muy frecuente en el léxico fúnebre: sobre modelos clásicos, antiguos, tradicionales, recrear burlescamente, humorísticamente esas expresiones. Eso me llamó la atención y reuní las expresiones que pude en aquel entonces.

"YO TRATÉ DE MOSTRAR QUE NO,... QUE LA DIFERENCIA MÁS NOTABLE ERA QUE EN LAS ZONAS ALTAS LAS PECULIARIDADES LINGÜÍSTICAS QUE EL ESPAÑOL PRESENTA EN ELLAS ERAN DE CARÁCTER, DE RAIGAMBRE CASTELLANA MUY FUERTE, MIENTRAS QUE EN LAS COSTAS HABÍA UNA MAYOR INFLUENCIA DE LOS ELEMENTOS DIALECTALES, DEL ESPAÑOL QUE SE GESTARÍA EN AMÉRICA,..."

2. Dentro de su participación en foros internacionales ¿cuál diría que es su participación más importante?

Quizá lo más reiterado haya sido las comunicaciones en que yo he tratado de mostrar a los colegas de otros países cuál es la realidad lingüística de México. En estos congresos y simposios, en una gran medida, he presentado trabajos sobre las peculiaridades del español hablado en México, de sus diversos aspectos, sobre la influencia de las lenguas indoamericanas, en especial del náhuatl, o de su realidad dialectal, geográfica. Creo que es lo que más me ha interesado. Recuerdo que una de las intervenciones que quizá me dejaron más satisfecho fue la de un congreso que se realizó en Sevilla con motivo del V Centenario del descubrimiento de América, y ahí presenté una ponencia muy amplia sobre la verdadera influencia del náhuatl en el español de México, refutando un tanto la tesis de un profesor muy ilustre en la lingüística hispanoamericana, Ángel Rosenblat, según la cual las zonas altas de América tenían mucha influencia de las lenguas indígenas, del náhuatl, del quechua, en tanto que el español de las zonas bajas, de las costas, no presentaban esa firme influencia de las lenguas amerindias, sino que eran dialectos de carácter, de fisonomía castellana. Yo traté de mostrar que no, que había un error muy grande, que me parecía casi lo contrario: que la diferencia más notable era que en las zonas altas las peculiaridades lingüísticas que el español presenta en ellas eran de carácter, de raigambre castellana muy fuerte, mientras que en



3. De sus largas batallas en la cancha ¿cuál equipo diría que tiene más victorias: el de lingüística o el de frontón?

Bueno, de mi equipo de frontón, muy pocas, y se relacionan estrechamente con mis actividades lingüísticas. En efecto, hace años jugábamos al frontón un grupo de profesores de la Facultad, que habían sido alumnos míos: nos reuníamos los fines de semana, los sábados, a jugar al frontón. Eran los profesores José G. Moreno de Alba, el fallecido Antonio Alcalá, también Juan López Chávez, y esporádicamente hubo otros profesores más, pero básicamente eran ellos y yo. También jugaba en alguna ocasión al squash con el profesor Raúl Ávila. Es decir que mi actividad con la raqueta se relaciona directamente con mis relaciones académicas, con los profesores de la Facultad, y mis verdaderos triunfos de carácter lingüístico se llevaron a cabo también con ellos.

Quizá las dos mayores empresas de carácter filológico, lingüístico que he emprendido han sido realizadas con concurso de estos antiguos alumnos y ahora colegas. Son el *Atlas lingüístico de México* y el Estudio de la norma lingüística culta de las principales ciudades hispanohablantes. El *Atlas lingüístico de México* ha sido una empresa que ha estado respaldada, en los largos años de su realización, por el Colegio de



las costas había una mayor influencia de los elementos dialectales, del español que se gestaría en América, del andaluz, de la lengua de los marineros; de manera que no eran las lenguas amerindias las causantes, las culpables, de esa diferencia dialectal del español. Esa fue una ponencia muy larga que creo que interesó bastante, porque el español de México no es muy bien conocido en el resto del mundo. Por ello, yo he tratado de hablar de estas modalidades lingüísticas en otros países.

México, pero con la participación fundamental de los profesores de lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras, como les acabo de decir, varios de los cuales participaban en esos juegos de frontón. El *Atlas lingüístico*, las encuestas, las investigaciones se llevaron a cabo durante varios años por el esfuerzo del doctor Antonio Alcalá, ya fallecido, de Gustavo Cantero, también profe-

el país de cabo a rabo, hicieron muchas encuestas y el atlas fue una realidad posible gracias a su esfuerzo. El Colegio de México ha respaldado todas esas investigaciones y ahora la publicación de *El Atlas lingüístico* se está llevando a cabo conjuntamente por el Colegio de México y por la Universidad Nacional; ya han aparecido dos volúmenes y el tercero acaba de aparecer; el tomo cuarto, dedicado a la morfosintaxis, saldrá a comienzos del 96, y luego los dos últimos tomos, dedicados al léxico, aparecerán en los dos años sucesivos, 1997 y 1998. Está todo preparado; es cuestión de edición, publicación, impresión.

El otro proyecto, el otro trabajo, ha sido el estudio de las normas lingüísticas de las grandes ciudades del mundo hispánico. Es una investigación de una gran envergadura, en la cual participan las principales universidades y los más importantes centros filológicos de España y de América. Es decir, que ésta es un empresa internacional que va de Madrid a Sevilla y de Sevilla a las Islas Canarias, como puente de unión con América, y ahí, desde las Antillas, Puerto Rico, la Habana, al continente: México, y de México hasta Buenos Aires y Santiago de Chile. No están todas las ciudades de América, no todas las capitales, sino las más importantes, las que fueron durante siglos focos de irradiación lingüística, esto es Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, México, Bogotá y algunas que también tienen importancia en la actualidad: Caracas, La Paz, además de la Habana y de San Juan de Puerto Rico. De manera que se va a tener un muestrario de la situación de la lengua española en la actualidad en estos grandes focos lingüísticos. Paralelamente las instituciones nacionales podrán hacer investigaciones de igual carácter, con una metodología similar, en otras ciudades de cada país; es decir, en México no basta estudiar el habla de la Ciudad de México, sino que sería muy bueno poder estudiar el español en ciudades como Guadalajara, Mérida, Veracruz, ciudades de larga trayectoria hispanohablante, y lo mismo en otros países de América. En la Argentina ya no se limitan a estudiar el habla de Buenos Aires, sino que se está estudiando también Córdoba, que es la segunda ciudad en la Argentina y que fue la antigua capital; de manera que no sólo se hace el registro del habla de las capitales, sino de cualquier foco lingüístico tradicional.



sor de la Facultad de Filosofía y Letras, de el profesor Juan López Chávez y del profesor Antonio Millán, que entonces era investigador en el Centro de Lingüística Hispánica de la propia Universidad, y de el profesor José G. Moreno de Alba. Ellos recorrieron

4. ¿Qué características dominantes posee el español mexicano?

Muchas. Precisamente yo diría que la característica que abarca a todas estas peculiaridades es su enorme variedad. Y ello es lógico, es inevitable. Una lengua necesariamente se diversifica, si no en el fondo, sí en aspectos formales, secundarios. Se diversifica por diversas razones: una de ellas es la extensión territorial en que esa lengua se habla. La lengua española es muy diversificada puesto que se habla en dos continentes y en unos territorios amplísimos. Dentro de la lengua española, su variedad mexicana es también una variedad muy diversificada, porque México es un país extenso, y ello favorece la diversificación, la variación. También razones históricas de época y de la forma en que llegó la lengua española a lo que hoy es México; de razones socioculturales: no era la misma vida que llevaba la lengua española en el norte de la Nueva España —me estoy refiriendo a los territorios que hoy pertenecen al suroeste de Estados Unidos— lengua un tanto alejada del cultivo literario, de la lengua que se hablaba en la capital del virreinato o, por ejemplo, en Puebla, que eran dos focos originales, donde se hacía un cultivo muy esmerado, muy atento, muy cultista —por no decir culterano— de la lengua.

Factores geográficos, históricos, culturales, demográficos. No todos los hablantes que llegaban al Nuevo Mundo tenían el mismo origen regional de la península, ni la misma instrucción escolar, sino que había grandes diferencias. Son elementos que explican la diversificación dialectal en cada país.

En México esta diversificación es muy notable. Además también la influencia de las lenguas indígenas de América puede ser un factor que diversifique la lengua, que matice la diversificación de la lengua española. En México hay este factor indígena, amerindio, un factor relativamente importante, no tan importante como en el Paraguay, por ejemplo, donde toda o la mayor parte de la población sigue siendo bilingüe, pero sí tiene peso la influencia del náhuatl, en general, y muy particularmente en Yucatán la influencia del maya. Así este fermento, esta base indígena, ha coloreado también al español de México y lo ha diversificado un poquito. La variedad más original, más peculiar, es la de Yucatán precisamente porque la lengua

maya ha influido mucho más en el español hablado en la península de Yucatán, que la lengua náhuatl en el español hablado en el Altiplano Central. No quiero decir con esto que la lengua maya haya tenido más influencia en la lengua española, en el sistema lingüístico español en general, que el náhuatl. No, de ninguna manera. El náhuatl ha influido mucho más —sobre todo en el léxico— en la lengua española, en el sistema lingüístico español. Quiero decir que son muchos los términos de origen náhuatl que se han incrustado en la lengua española en general, como *petate*, *chocolate*, *cacahuatle*, *hule*, *jícara*, *tiza*... (*Tiza* que es una palabra poco empleada en México, pero muy usada en general en España). Es decir, la influencia del náhuatl se ha ejercido más intensamente en la lengua española en general, mientras que la influencia del maya se ha circunscrito al español yucateco. Su influencia geográfica es mucho más reducida, pero ha penetrado más intensamente. La influencia del maya en el español de Yucatán se ejerce no sólo en el vocabulario, que es la parte más superficial del idioma, sino también en la fonética, que es un sector nuclear de los idiomas. En Yucatán son muchas la personas que realizan frecuentes cortes glóticos entre las sílabas, entre las palabras, entre las sílabas de una misma palabra, del tipo *no-tengo*, *mi-hijo*, *ya-voy*, estos cortes glóticos proceden del maya. Inclusive se encuentran en el español yucateco, aunque minoritariamente, ocasionalmente, fonemas verdaderamente glotalizados, que

son fonemas del maya, de manera que en Yucatán hay personas que, aparte de pronunciar las consonantes P, T, K, CH como en cualquier parte donde se habla el español, articulan estos fonemas en su versión glotalizada, como en maya, de manera que hay una influencia fonética muy acusada de esta lengua amerindia. Otros rasgos fonéticos que se dan en el español yucateco son la frecuente labialización de las nasales finales de palabra es decir, pronunciar la N final, no como N sino como M. Dicen *pam*, *Yucatom*, *balcom*. También la F es un sonido inexistente en maya, por lo cual algunas personas en Yucatán pronuncian palabras españolas que tienen F como P: el *pantasma*, en lugar de *fantasma*. Son rasgos que demuestran una mayor penetración del maya en los hablantes en Yucatán que la penetración del náhuatl en los hablantes del Altiplano, del Centro de México. Pero en cambio la influencia maya geográficamente está mucho más restringida.

frecuencia en la relación entre padres o madres e hijos; es un rasgo del habla familiar, del habla afectiva. Se ha atribuido eso a la influencia del náhuatl: no lo creo. Sinceramente creo que las lenguas suelen mantenerse muy bien; en general se mantienen muy libres de influencias. En el léxico sí es fácil el trasiego de palabras de una lengua a otra; pero rasgos morfológicos, rasgos fonéticos, rasgos sintácticos son muy raros, son muy escasos. Del náhuatl yo pienso que los únicos fonemas que han pasado al español de México, no al español en general, han sido sólo dos: el fonema africativo SH de *mixiote*, *xola*, *xóchitl*. Este sonido fricativo palatal sí procede del náhuatl, en unas cuantas palabras de origen precisamente náhuatl como *xixi*, como *xales*. Y también el fonema africado dento alveolar TZ, que los primeros gramáticos misioneros del náhuatl transcribieron precisamente con TZ: *Quetzalcóatl*, por ejemplo. Pero este sonido TZ se circunscribe, se limita a nombres de lugar o de persona: *Quetzalcóatl* o *Tzintzuntzan*. Y sólo aparece en una palabra común, en una palabra genérica, que es *quetzal*, nombre de un ave, también indígena, náhuatl. Pero no existe en palabras comunes el sonido TZ. Por último la forma en que los misioneros interpretaron el fonema náhuatl lateral africado sonoro, que es inexistente en las lenguas románicas, y que sí existía en el náhuatl. Ese sonido es un solo fonema lateral africado sordo, que los misioneros, como no tenían una letra para transcribirlo, representaron a través de dos letras latinas: TL. Con la T indicaba que era oclusivo sordo, y con la L indicaba

que era lateral. Tenían un oído muy fino los misioneros. No sabían fonética, no habían estudiado fonética moderna, naturalmente, pero su oído era muy fino, y así registraron muy bien ese sonido complejo, transcribiéndolo como TL. No es que el español general, ni siquiera el español

de México, mantenga ese sonido de la lengua náhuatl; es la adaptación que hicieron los gramáticos misioneros de ese fonema, a través de TL. Es decir que cuando decimos *Tlalpan* o *flaco*, estamos pronunciando no el verdadero fonema náhuatl sino la adaptación, la castellanización de ese fonema a través de TL. La peculiar manera que en México se



5. ¿Qué pasa con los diminutivos de los que usted habla en el español mexicano?

El uso de diminutivos es una forma del habla afectiva, del habla familiar. Normalmente los diminutivos aparecen con mayor

pronuncia la secuencia TL, eso sí es debido a la base indígena: en México se pronuncia *atlas* con TL en la misma sílaba (*a-tlas*); se pronuncia *atleta* (*a-tle-ta*), mientras que en otros países, en España, no se sabe articular la L con la T en la misma sílaba, sino que se dice *at-las*, *at-leta*. La peculiaridad mexicana es justamente la castellanización de un fonema náhuatl. En fonética tenemos, pues, dos fonemas solamente: SH (x) en unas cuantas palabras indígenas de América, el fonema TZ africado, en topónimos y antropónimos nada más, y en la palabra *quetzal*; además esa manera particular de pronunciar TL, peculiar de los mexicanos. En todo el sistema fonético esto es muy poco; la penetración fonética de una lengua a otra es muy poco frecuente. Por eso digo que el dialecto español de todo México más original es el de Yucatán, porque en él sí ha habido mayor penetración de la fonética maya.

6. ¿Cuáles son las tareas más urgentes de la lingüística hoy?

La mayor parte de los lingüistas actuales dirían que es la investigación metodológica, que la lingüística, que la filosofía del lenguaje, que el problema del cambio. Yo no; yo creo que para los hispanohablantes, para los universitarios hispanohablantes, la tarea más urgente, más necesaria, es el conocimiento de la realidad lingüística de Hispanoamérica. Hay países enteros y grandes regiones de cuyo español no sabemos nada. No sabemos cómo se habla ahí, no sabemos qué variedades presentan. Entonces creo que lo primero es conocer la realidad lingüística, cómo es el español de toda América, incluyendo el suroeste de Estados Unidos, donde no dejó de hablarse español después de la anexión de esos grandes territorios por parte de Estados Unidos, y entonces estudiar toda esa enorme variedad, toda esa enorme riqueza lingüística que tiene la lengua española en el Nuevo Mundo. Yo creo que eso es lo más importante: estudiar todos los aspectos, fonéticos, morfológicos, sintácticos, léxicos, de interferencias de otras lenguas, en fin, todo ese mundo lingüístico tan rico, tan variado, del cual sólo conocemos una pequeña parte. Por eso el *Atlas lingüístico de México* es un intento de tener un panorama general de los rasgos principales de la lengua española en México, pero eso no agota en absoluto la investigación: el *Atlas* es solamente

un primer paso, una especie de fotografía general, superficial, pero que revela qué problemas, qué diferencias, qué particularidades hay en cada región, como una invitación a estudiarlas posteriormente a fondo. Eso habría que hacerlo en todas partes: como les digo, hay grandes territorios en México de cuyas hablas no sabemos nada. Y no digamos en otros países: el español de Centroamérica es prácticamente desconocido; hay algunos estudios sobre el español rural de Panamá, estudios léxicos, diccionarios, pero sobre la realidad profunda, las peculiaridades fonéticas, morfosintácticas del español hablado en casi toda Centroamérica no sabemos nada. Inclusive el español de todo el norte de México, que es tan diferenciado de el del Altiplano, o del sureste, tampoco sabemos mucho. Prácticamente no existen trabajos sobre el español de Baja California, de Chihuahua, de Tamaulipas, de Sonora. No conocemos el español de Veracruz. Imagínense la importancia que tiene Veracruz en la historia general y en la historia lingüística de México: el puerto de entrada y de contacto con Europa. Pues no existe un estudio monográfico sobre el habla de Veracruz. El número de monografías que describen hablas hispanomexicanas es muy reducido. Quizá el primero trabajo serio fue el que hizo un lingüista norteamericano que cursó su doctorado en México, sobre el habla de Guanajuato. Existe un trabajo sobre el habla de Tamazunchale, existe un trabajo sobre el habla de Oaxaca, otro sobre la de Tuxtepec, otro

sobre Tlacotalpan... En fin, 5 ó 6 monografías sobre localidades mexicanas; pero no existe un "español de Guadalajara", no existe un "español de Veracruz". De Mérida sí, hay un trabajo sobre el español de Yucatán que no es muy riguroso, muy especializado, pero por lo menos ofrece una descripción del habla yucateca, y es la debida a Víctor Suárez. Pero de otras grandes poblaciones, ciudades o regiones prácticamente no sabemos más que lo que el *Atlas lingüístico* está mostrando. Diría yo que ésta sería la tarea más importante para los lingüistas o filólogos hispanoamericanos: el conocimiento de su realidad idiomática, antes que meterse en lucubraciones de carácter metodológico o teórico. Primero conocer la realidad lingüística y después, sobre ello, remontarse a teorías más o menos sofisticadas.



7. *¿Por qué la lingüística ha sido calificado de aburrida, tediosa por algunos críticos? ¿Por qué pocos alumnos se dedican a la lingüística, siendo una cosa tan importante?*

La verdad es que no sé hasta qué punto lo que usted afirma es cierto. Hay una parte de verdad en ello, pero a partir de los años cincuenta, es decir, después del final de la Segunda Guerra Mundial, los estudios lingüísticos se han multiplicado en el mundo. Ha habido una verdadera explosión de la investigación lingüística. Aburrido, no sé. Lo que sucede es que cuando los estudiantes ingresan a una facultad de letras, la mayor parte de ellos tienen como propósito el estudio de la literatura. Ellos, en el bachillerato y en estudios previos, lo que han conocido es la literatura, la creación literaria —muy bella,



muy hermosa—, y llegan a la facultad con el propósito de estudiar la literatura. Es mi propio caso: yo fui a la Universidad de Madrid para estudiar literatura. Allí algunos descubren que existe la lingüística, que existe la investigación lingüística, y se interesan por ella; pero la gran mayoría va condicionada por la vocación literaria. Yo creo que es obvia la enorme importancia que tiene la lingüística; y digo que es enorme esa importancia porque pienso que la lengua es el don supremo que tiene el hombre: se define al hombre como *homo sapiens*, *homo faber* y otras diversas calificaciones. Básicamente *sapiens* y *faber*, pero también los animales son inteligentes, también los animales son sociables, a veces los animales son más inteligentes que el hombre en algunas cosas, y son más sociables ya que forman sociedades muy bien organizadas, como las abejas o las hormigas. Pero

suponiendo que el hombre fuera más inteligente, más sociable, que tuviera en mayor grado esas cualidades, de cualquier forma son cualidades que comparte con los animales. En cambio, la capacidad del lenguaje articulado y simbólico sólo la tiene el hombre: es el único don o la única facultad que es privativa del género humano, es lo que hace que el hombre sea hombre y no un chango más. Es lo que ha permitido que el hombre baje de los árboles, salga de la cavernas y llegue hasta la Luna. Que el hombre tenga alma inmortal es una posibilidad que depende de la fe que se tenga: no se puede probar. En cambio, que el hombre tiene lenguaje articulado sí se puede probar: es obvio. Y también es obvio que esa facultad es privativa del género humano. Entonces, pienso yo, si lo que el hombre ha llamado desde la Antigüedad el *alma*, el alma humana, no es sino el lenguaje, esa capacidad que lo distingue del resto de los animales y lo que lo hace ser hombre, y lo que lo ha hecho más inteligente que los animales, y lo que le ha permitido acumular el conocimiento y la cultura, lo que le ha permitido llegar a la Luna (y quién sabe adónde llegará después). Es la facultad primordial del hombre, del ser humano: la lengua. Creo que estudiar esa esencia del hombre es una tarea de suma importancia.

8. *¿Cuáles serían las sugerencias que usted haría para integrar otras disciplinas en la lingüística o en la literatura, la historia, el psicoanálisis, etcétera?*

Cuidado: se emplean mal los términos de lingüística y filología. Se dice por ejemplo: "Asociación de lingüística y filología", lo cual es como decir: "Asociación de mamíferos y equinos": el equino es un mamífero, los lingüistas deben ser filólogos; la filología abarca a la lingüística... Creo yo que dentro del concepto de filología se deben incluir tres actividades, tres ramas del saber estrechamente vinculadas entre sí y que sólo de manera artificial, como método de estudio, se pueden separar. Son el lenguaje o la lengua, la literatura y la historia. Para mí la filología es una ciencia que estudia el espíritu de un pueblo o de un conjunto de pueblos a través de su producción lingüística; la producción lingüística puede ser tanto oral —el habla— cuanto escrita, y dentro de la escrita está la literatura. La filología estudia la expresión del

hombre, la expresión lingüística, que es habla y literatura, y todo ello dentro del marco histórico que da sentido a esa cultura. O sea que lengua, literatura e historia están necesaria y naturalmente relacionadas. La carrera que se llama lengua y literatura no sé porque se llama así; se debería llamar carrera de filología. Filología española o filología clásica, como se decía hace unas cuantas décadas. La filología trata de descubrir el espíritu de una sociedad, de un pueblo, por su manifestación lingüística, que es el habla y la literatura, y todos los hechos orales y literarios tienen una justificación, una explicación en los hechos históricos. El marco de la lengua y de la literatura es la historia. La filología abarca estas ciencias, estas tres actividades; por eso un verdadero filólogo tiene que ser lingüista, literato o crítico de literatura e historiador. Claro es muy difícil ser filólogo; es difícilísimo porque abarca esas tres especialidades. Es más fácil decir: "Yo soy crítico de la literatura, y hasta ahí. A mí el lenguaje no me importa y la historia es secundaria". Eso es cercenar el conocimiento. Mucho más difícil es abarcar esas tres ramas, como hacía, por ejemplo, Méndez Pidal, quien no era solamente un lingüista, no solamente escribía la historia de la lengua española, sino que escribía estudios literarios y hacía también investigaciones históricas de primer orden; es decir, era un verdadero filólogo. Pero esto es más difícil que dedicarse a una sola de las actividades. Naturalmente que el estudio de la lengua y de su expresión máxima, que es la

literatura, se puede iluminar con conocimientos, con orientaciones psicológicas, y por eso hay una visión, una especialización: la psicolingüística. Son procedimientos complementarios, instrumentos auxiliares de lo que es la filología.

9. *¿Qué otra cosa le gusta al doctor Lope Blanch, qué otros quehaceres le gustan?*

Viajar, conocer el mundo, porque nada que sea humano considero ajeno a mí. Entonces conocer otros países, conocer otras culturas, conocer otros pueblos me ha interesado siempre mucho. Creo que el gran descubrimiento o la gran conquista de la universidad universal, no sólo de la UNAM, es el establecimiento del año sabático, que permite a los profesores salir, conocer otros mundos, relacionarse con otras culturas. Yo he procurado siempre dedicar los años sabáticos a conocer otros países. Recuerdo que una vez mis amigos de la universidad me dijeron "¿Un año, va a estar usted fuera de México?, ¡No va a aguantar! Ya verá como a los tres meses se vuelve usted, porque se va a aburrir". Pues a mí se me hizo corto el año sabático. El mundo es ancho, y no debe ser ajeno. De manera que creo que esa actividad es muy importante. Creo que cuando se da una beca a un estudiante para que salga al extranjero, a un investigador o a un profesor para que vaya a un congreso, no se trata sólo de lo que pueda aprender directamente en la universidad a la que vaya con la beca o al congreso al que asista, sino al conocimiento de ese otro país donde se realiza el congreso o la beca, a su relación con otras personas de otros modos de pensar, de otros modos de ver la ciencia. Creo que ése es el beneficio de las becas, de los congresos, más que el trabajito específico que se realice.

10. *¿Qué ha sido la Facultad de Filosofía y Letras para Lope Blanch?*

En mi vida académica ha sido prácticamente todo. Desde que llegué a México a hacer una investigación sobre el español que se hablaba en la Ciudad de México, muy pronto me relacioné con la Facultad de Filosofía y Letras y menos de un año después de llegar, a los 6 ó 7 meses, estaba ya dando un curso de gramática española. Se llamaba entonces, "Español superior". En marzo de 1952 comencé ese curso; al año siguiente participé tam-



bién en actividades de investigación en el Colegio de México, y así la Facultad de Filosofía y Letras y el Centro de Estudios Filológicos —como se llamaba entonces— del Colegio de México, y el Centro de Lingüística de la UNAM han sido las tres grandes instituciones que me han permitido hacer toda mi labor. La docente ha sido, por supuesto, fundamentalmente en la Facultad de Filosofía y Letras; para la de investigación he contado con el respaldo del Colegio de México. En los primeros años no había casi profesores de carrera. Esta figura era escasísima. Así empecé a dar la clase de Español superior porque el profesor titular de esa materia, en aquel entonces, salía por primera vez de sabático. Creo que era el primer sabático que se concedía en la UNAM, y me preguntaron si yo me podía hacer cargo de la cátedra. Sustituí al primer beneficiario del sabático, si no de la Universidad, por lo menos sí de la Facultad de Filosofía y Letras. Entonces casi todos los profesores estaban contratados por hora y por eso se decía que no eramos "profesores de carrera" sino "profesores a la carrera", que teníamos que ir de la Universidad al Mexico City

College, a la Escuela de Antropología, a la Universidad Iberoamericana... en fin, cubrir el presupuesto. El Mexico City College estaba entonces en la carretera a Toluca, la Universidad Iberoamericana estaba por Coyoacán, la Escuela de Antropología estaba en pleno Centro, la Facultad estaba en el edificio de Mascarones. Años después ya se pasó a la Ciudad Universitaria, de manera que yo recorría la Ciudad de México de punta a rabo: en el mismo día tenía que ir de la salida a Toluca hasta el sur de la ciudad, y cosas de éstas. Pero mi labor se concentró muy pronto y casi exclusivamente en la Facultad de Filosofía y Letras. Como les dije, mi primera clase fue en el año 52, así que ya tengo unos cuantos añitos de dar clase en la Facultad. Y también en el Colegio de México, que era una institución pequeñísima en aquel entonces: sólo había un centro de estudios históricos y un centro de estudios filológicos. Ahí éramos un grupito de personas que hacíamos investigación en torno a la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Estas dos instituciones han sido toda mi vida académica. He dado conferencias o he dado cursillos en el extranjero, pero ha sido una actividad circunstancial, una actividad pasajera, secundaria. Mi vinculación ha sido siempre con la Facultad de Filosofía y Letras... No sólo con la Facultad: luego también, cuando el doctor Bonifaz, que era coordinador de Humanidades, quería formar, ir preparando un instituto de investigación filológica, me invitó a fundar lo que es el Centro de Lingüística Hispánica, de manera que la actividad de investigación a partir del año 64 (no estoy muy seguro), ya la realicé no sólo en el Colegio de México, sino en ese nuevo Centro donde sigo trabajando; así que mi actividad ha sido, se ha mantenido casi totalmente en estas dos instituciones, la UNAM y el Colegio de México, entre las cuales no puede existir una rivalidad, ya que se nutren la una a la otra. La investigación que se realiza en el Colegio de México es una continuación del trabajo que se prepara en la Universidad. Se continúa. Digo esto porque hay algunas personas que dicen que el Colegio de México no es como la Universidad, que tiene más capacidad, más calidad. Son supuestos o comentarios completamente infantiles: se trata de dos instituciones que se complementan armoniosamente en beneficio de la filología y de la cultura hispánicas. X



Jano

LA CEREMONIA PERFECTA O LOS RITOS PERDIDOS DE LA
COTIDIANEIDAD

Federico Patán propone:

Regresó con muy buen estado de ánimo, pasaditas las doce de la noche, casi como cenicienta buena se dijo. A esa hora ni rastro del portero, claro. A esa hora, nadie por los pasillos del edificio. A esa hora, Javier dormidito en el lecho matrimonial; o tal vez despierto y un tanto preocupado; o quizás molesto: ¿No quedamos que a las diez o diez treinta? Esa molestia ya era ganancia. Ya lo era. Llegó muy cauta a la recámara, los zapatos de tacón en la mano derecha. Silencio. Nada de ese levisísimo susurro de Javier al respirar. La mano, tras dejar los zapatos bajo la cama, exploró la colcha cuidadosamente. Vacío al principio. Luego, un crujido. La mano informa enseguida: una hoja de papel. La luz entonces: una habitación deshabitada. Sobre la almohada, el recado. Breve: "Me sentía solo y fui al cine". Besos y la J bajo el mensaje. Nunca olvida los besos, incluso cuando habla por teléfono. A veces, los cambia en besitos. Los meses iniciales, Viviana lo encontraba enternecedor. Un día, detuvo el peine en el aire, golpeada por una idea: "Pero si es automático" le decía el rostro en el espejo de baño. Comenzó a seguirle el ritmo a esa expresión, "besitos". Pronto supo en qué momentos esperarla. Le vino a la cabeza una lectura de preparatoria, lenta y cansada por la extensión del libro. De hecho, leyó de corrido los primeros diez capítulos, tal vez once; más tarde, uno sí y el siguiente no, comprobando que podía reconstruir los huecos mediante

Nair Anaya Ferreira opina:

"Hace mucho, mucho tiempo, en un reino junto al mar, vivía una bellísima princesita, de piel blanca y cabello negro. Esta princesita vivía esperando al príncipe que el destino le tenía prometido. Y aunque muchos venían a pedir su mano, ella los rechazaba, ya que el príncipe prometido tenía un bellissimo cabello rubio, unos bellisimos ojos claros y unas manos mágicas, con las cuales del aire creaba imágenes prodigiosas. Y un día la princesita se escapó de su castillo y corrió por el campo, pues tenía muchas ganas de libertad. Claro, luego iba a volver para que su padre el rey no se asustara. Y estando en el campo, vio a lo lejos a un caballero sentado a la sombra de un árbol, con el caballo muy cerquita de allí. Como la princesita era muy curiosa, se acercó al caballero, porque el caballero algo hacía con las manos. Cuando ya estaba muy cerquita vio que el caballero movía las manos en el aire, y que el espacio entre las dos manos se llenaba de figuras. Justo en aquel momento el caballero había creado un paisaje maravilloso y, en medio de aquel paisaje, ¿qué crees que había? Pues el retrato de la princesita. ¡Aquellas manos eran mágicas! La princesita se acercó todavía más y dijo ¡Hola! Y entonces el príncipe levantó la cabeza, sonrió y dijo ¡Hola! y ¿qué crees? tenía los ojos claros. ¿No querías quitarnos el morrión? pidió la princesita. Ah, pues morrión es el casco que usan los caballeros. Entonces, el caballero se quitó el morrión y ¡el cabello era rubio! Feliz, la princesita invitó al caballero al castillo, y volvieron juntos, platicando de mil cosas. El rey y la reina no podían creer en tanta buena suerte. Al fin iban a poder tener nietos. Así, prepararon la boda más

las presencias; cerca ya la fecha del examen, leía un capítulo sí y dos o tres no, perdiendo parte de lo ocurrido, imposible de recrear con tanto material faltante. Tuvo ocho y el profesor escribió: "En general bien, pero recuerda mal ciertas cosas". Sonriente, informó a don Elías de la calificación. Un diez habría estado mejor. Sin duda, y un siete peor. Estos papás, siempre inconformes.

Pero de la novela recordaba ahora un incidente curioso. Ahora, de pronto aquí, en la habitación deshabitada. Con la nota de Javier en la mano, se imaginó escribiendo a una amiga imaginaria: "Ana querida, entiendo tan bien lo de las orejas de tu marido..." Lo entiendo tan bien ahora, aquí, en el vacío de la recámara. ¿Y por qué ahora, ya olvidado el buen humor traído de la cena? ¿Por qué ahora? Descalza, fue hasta el silloncito y se despatarró en él. Finalmente, no había llegado después de Javier.

El mensaje tenía la ventaja de disipar una duda: la risa oída al entrar en el edificio. Bueno, las risas. De hombre y de mujer. ¿Cómo se sabe la diferencia? ¿Instinto? Se detuvo a escucharlas, diciendo qué vergüenza si alguien me sorprende espiondo. Risas, de hombre y de mujer. No muy fuertes. Venían de donde Fulgencio. Claro, ¿de dónde si no? Por tanto, una de las risas era necesariamente de la gringa. La gruesa. ¿Por qué la gruesa? Porque en la mente se une a la imagen de la gringa. Las de hombre buscan incitar a... ¿a qué? Otra voz ahora. De mujer, pero no la gringa. No, eso no, en serio, eso no. Enseguida una de las risas

fastuosa que pudiera concebirse, y la princesa y el príncipe se casaron y creyeron que podían ser felices para siempre jamás."

¿Creyeron que podían ser felices? Entonces, ¿no lo fueron? ¿Qué no todos los cuentos de hadas terminan con "Y vivieron felices para siempre", como debería suceder después de la ceremonia perfecta del matrimonio? Ya desde su primera novela, *Último exilio* (1986), de donde tomo esta cita, Federico nos introduce al mundo, muchas veces asfixiante, de las relaciones de pareja, que muy pocas veces logran alcanzar las expectativas propuestas por el mundo imaginario de la literatura.

En su novela más reciente, *La ceremonia perfecta*, Federico nos presenta, no sin malicia, las delicias de los primeros años de casados de una joven pareja urbana sin muchos sueños ni ilusiones. Ella, Viviana, perfecta amita de casa, dispuesta a servir cual debe al marido, Javier, vendedor que había deseado allá por su infancia ser médico. Como ya nos tiene acostumbrados, Federico explora con profundidad asombrosa los sutiles matices que van marcando los cambios en una relación que precisamente por ser mediana se torna representativa de la posible tragedia de todo ser humano: la tragedia de llevar una vida vacía, sin chispa, sin ilusión o, peor aún, sin respeto propio y sin respeto mutuo.

Así, dentro de una trama que no parece tener mucha acción, pues sigue el ritmo agobiante de la rutina, la novela nos deja entrever las grandes preguntas que, en teoría, mueven a la humanidad: ¿Qué es la felicidad? ¿Cómo se alcanza? ¿Dónde está el amor? Y tenemos entonces que estos temas se convierten en los parámetros invisibles que guían la vida en común de Javier y Viviana. Por desgracia, estos

masculinas, perseverante. Por favor, no, repite la voz femenina.

Disgustada, Viviana llega al elevador, un asomo de asco en el cuerpo. Ese Fulgencio, jamás volverá a ayudarme con los paquetes. Que ni siquiera se me acerque, porque lo escupo. Entra al ascensor, una inquietud vaga en la cabeza. Algo quiere avisar de algo. Pero ¿de qué? A la puerta del departamento se sacude con la súbita idea: una de las risas le es familiar, bastante, incluso muy familiar. Ha cerrado la puerta, se ha quitado los zapatos de tacón, ha ido calladamente a la recámara. Silencio. Nada de ese levisimo susurro de Javier al respirar. Un encogimiento del estómago. La mano, tras dejar los zapatos bajo la cama, explora la colcha cuidadosamente, deseosa de encontrar el bulto hecho por el esposo dormido. Vacío al principio. Otro encogimiento de estómago. Luego, un crujido. La mano informa enseguida casi: una hoja de papel. El estómago. La luz entonces: una habitación deshabitada. Sobre la almohada el recado. Breve: "Me sentía solo y fui al cine". Ay, qué mono. Despatarrada en el silloncito, sonríe. Entonces anda en el cine. Claro, el cine, lógico. Una de vaqueros, aprovechando que estaba solo. Películas de buenos y de malos, perfectamente definidos, sin claroscuros. Como debiera ser: limpiecito y simpático, el héroe; barbón y chamagoso, el villano. Así, nadie se engaña. El maloso rapta a la chica. Ella va gritando no, eso no, en serio eso no. Ya el muchacho viene al galope y las escenas se alternan cada vez con mayor rapidez:

términos van adquiriendo un significado diferente para cada quien, un significado que varía según la capacidad individual de búsqueda y cuestionamiento y que finalmente transforma un punto de encuentro en una vida de desencuentros.

Los diferentes niveles narrativos de *La ceremonia perfecta* hacen de ésta una novela que invita a la reflexión. Por un lado, tenemos la presentación de la rutina de la vida diaria, de los resortes que la impulsan y las columnas que la sostienen. Como en el resto de su narrativa, Federico nos vuelve conscientes de la fragilidad de la rutina pero, sobre todo, de los peligros que dicha rutina conlleva. Necesitamos la rutina, sí, pero también vivimos bajo la amenaza de que ésta nos informe y nos conforme al grado de convertirnos en seres grises y opacos. De aquí la imperiosa necesidad tanto de buscar y encontrar recursos interiores que la complementen como de ritualizar y mitificar los actos que conducen nuestra existencia.

En la segunda novela de Federico, *Puertas antiguas*, Tomás Amado intencionalmente convierte a las actividades cotidianas, como desayunar o tomar café, o las que hacemos por la fuerza de la costumbre, como comer cocos en la carretera a Acapulco, en ritos que le permiten revalorar su pasado, al tiempo que le ayudan a enfrentar el futuro, de tal forma que el presente se torna digno de ser vivido. En *Último exilio*, en cambio, Eugenio se mitifica casi compulsivamente: su vida de pequeños y grandes fracasos encuentra entonces una trascendencia significativa, aun cuando el mundo que lo rodea no siempre lo comprenda.

En *La ceremonia perfecta*, los procesos de ritualización y mitificación se manifiestan en menor grado o de manera diferente y son refle-

la cabaña del rapto, el héroe a caballo, la cabaña del rapto, el héroe a caballo, la cabaña del rapto, un estruendo a la puerta: el héroe con los puños listos. El villano se vuelve hacia él, los ojos fosforescentes de odio y gruñe, animalesco: ¿Hay chance de comprobar? En Javier una sonrisa ligera. ¿Por qué, Javier? Mira por tercera vez la nota y luego la recámara deshabitada. Parece estar repitiendo el despertar del martes. Repitiendo, palabrita escabrosa, siempre entremetida, siempre calificando la vida de uno. Odiosita, pues. El martes por la tarde abrió los ojos, sobresaltada: la habían llamado. Enseguida casi, recordó el sueño: el inicio, una ficción construida a partir de rumores, escenas vistas de lejos, insinuaciones oídas en boca de Javier. Como estaba en el silloncito y el silloncito era demasiado cómodo, el sueño se la fue tragando y de pronto la ficción voluntaria cedió ante la narración involuntaria, la del sueño, aunque sin fronteras precisables entre ambas. Estaba imaginando a la gringa sobre la colcha, el cuerpo al desnudo por lo diminuto de la ropa interior, y de pronto ella misma parecía ser la gringa, pues presintió el deslizamiento de la puerta sobre los goznes, el roce de pasos por la alfombra, un asomo de inquietud gozosa en el bajo vientre, la sombra en el umbral de la recámara, el calor femenino aumentando, el mechón amarillento doblegado por un golpe de agua, los muslos propios que se apartan entre sí un punto, el rostro afilado, los ojos fosforescentes, los muslos un gemir casi imperceptible, la sonrisa incoada, un asomo de angustia en-

jo, precisamente, del rumbo que toma el matrimonio de Viviana y Javier. La ritualización de Tomás Amado (así como su actividad literaria profesional) y la mitificación de Eugenio (resultado de su gusto por la lectura) son, creo yo, producto de un tiempo y un espacio que dan lugar a la reflexión y al conocimiento interior. En *La ceremonia perfecta*, la joven pareja ya pertenece a una generación sobre la cual los avances de la modernidad han, desgraciadamente, impuesto límites intelectuales y quizás, morales. (Todo aquí, de paso y entre paréntesis, un tema que subyace toda la obra literaria de Federico: la nostalgia por un mundo perdido, por el México de los mercados y las matinés opuesto al México del super y la tele, y en el que se ha perdido el contacto personal.)

La ceremonia perfecta empieza donde terminan los cuentos de hadas. Pero Federico les niega —como lo hace la vida misma— la fácil alternativa de vivir, simplemente, felices por siempre jamás. De hecho, ni siquiera gozan, de entrada, del elemento que une al príncipe y a la princesa del cuento narrado en *Último exilio*: el gusto de platicar de mil cosas. Tienen afinidades, pero éstas son superficiales y el tiempo y el trato diario las van haciendo desaparecer. Ese es, creo yo, uno de los logros de Federico en esta novela: obligarnos a reflexionar sobre el engranaje interno de cada individuo, el engranaje que rige su relación y los engranajes que marcan su contacto con el mundo exterior.

Así, mientras que Viviana se rehúsa, quizás inconscientemente, a ser una mujercita gris (como la llamaría Tomás Amado), Javier carece, en general, de la más mínima tendencia a la introspección, que se refleja, de paso, en su incapacidad de percibir las sutilezas sociales y

tre las piernas, el brazo extendido del otro, los muslos casi abiertos, los ojos del otro escudriñándole la piel, los muslos abiertos, las manos en descenso y cierro los párpados mientras la voz rasposa, exasperada, urgente, hinchada de ansia, expresa un por fin mudo y dice en un susurro "¡No!"

Y despierta. Poco a poco se descubre en el silloncito, en la habitación deshabitada. Parpadea. ¿Fue suyo el no que la trajo al mundo? Es posible. Parpadea. El entorno comienza a perfilarse: ésta es mi cama, éste mi sillón, ésta yo, Viviana. Vengo de un sueño. En el sueño me llamaron. Rechacé el llamado sigo inocente: rechacé el llamado. Rechacé el llamado en el momento exacto. ¿En el momento exacto de qué? De ceder. Luego ibas a ceder. Pero ¿no era la gringa? Claro, la gringa y el mamarracho de Fulgencio. Luego ¿por qué gritaste? Porque necesito un café. Eso, un café. Levántate, Viviana; levántate y llégate andando a la cocina. Un café, Viviana, un café. Se levanta, un mal sabor en la boca, tal vez de presentimiento; va y alcanza la cocina diminuta y limpia y tan ansiada antes del cambio. La cocinita. Donde pone agua en un pocillo de aluminio, para calentarla hasta la ebullición. Mantelito en la mesa, una taza de plástico, el frasco de café soluble, la azucarera, una cucharita; dos porciones de polvo, dos porciones de azúcar, el agua hirviendo encima, revolver.

Mirar fijamente la taza, que rodeamos con las manos: A ver, Vivianita, como me llama Brígida ¿por qué gritaste? El primer sorbo al líquido: amargo todavía. Otra cucha-

emocionales de su entorno. Si Viviana tiene como modelos de identificación —a pesar de su ambivalencia— a sus padres y a su amiga Brígida, Javier se mueve en un ambiente vacío y sin forma, cuyas ambiguas fronteras son los programas televisivos de suspenso, las películas de vaqueros y una que otra revista de *Playboy*, cuya posesión, obviamente, él niega. Luego entonces, los engranajes que deberían ayudar a la funcionalidad de esta pareja comienzan a girar fuera de tiempo y en diferentes direcciones.

El detonante que desencadena lo que constituye, en sí, la trama de la novela, es la mudanza, después de tres años de casados, a un departamentito —cuyo único defecto es que tiene vista a la tubería de desagüe— que representa para ellos un pequeño ascenso social. Bueno, quizás el departamentito, situado en un barrio más elegante que el anterior, tenga otro pequeño defecto: trae incluido un portero milusos —personaje kafkiano de los que tanto gustan a Federico— que será el catalizador de la tragedia.

A pesar de su aspecto desagradable y actitud casi repulsiva, Fulgencio, que así se llama el cuidador, tiene un efecto inmediato en la pareja que, desprevenida, no alcanza a dilucidar las redes que se tejen a su alrededor. Desde el momento en que lo conocen, con su voz ríspida pero empalagosa, Fulgencio saca lo mejor y lo peor de los jóvenes y da inicio a una serie de pequeños episodios que marcan el fin de la relación y en los que reaccúa, con la sutileza narrativa típica de Federico, el escenario profético y simbólico del programa de televisión, en las primeras páginas de la novela, durante el cual Viviana y Javier experimentan su primera separación espiritual. Al igual que en el programa, el ama de

radita de azúcar: ahora, ya no sabe tanto a café. Bien. Pues grité por saber quién era la del sueño. Bien Vivianita, Vivi, Viviana, ¿quién era la del sueño? Ah, la otra. Un segundo sorbo y el pensamiento fugaz de ¿más dulce? No, que terminaría en melcocha. La gracia del café es un asomo de amargura. Era la otra, pero transformándose. Un tercer sorbo. Transformándose en mí. Cuatro sorbos ya. Y eso, la metamorfosis, me trastornó. Cinco. Me puso el miedo en la cabeza. Seis. En el corazón después. Siete. Porque el cambio me iba gustando. Ocho. Demasiado. Nueve. Y no quise. Diez. Por eso salí del sueño con un grito. No alcancé a ser la otra, Brígida. Como suelen decir, me salvó la campana.

¿Te salvó, Vivianita?

Al menos, todo quedó en suspenso. Las manos alrededor de la taza, el líquido a medias, presentí el resto de mi departamento allá enfrente. Vacío. En ese momento lo supe: demasiadas veces caminaba yo por un departamento vacío. Me levanté. Anduve por la casa. El comedor, muebles; la sala, muebles; el estudio, muebles; la recámara, muebles. ¿Dónde estamos Javier y yo? ¿En las fotos del álbum? Había una muy bonita, en Acapulco. A la mesa de un restaurante, en la Costera. Bebemos. Él un *Bloody Mary* y yo una limonada preparada. Es una terracita, con el mar al fondo. El fotógrafo callejero insistió mucho, y aceptamos por cansancio. Ceder era un modo de alejarlo. Se nos ve sonrientes. Él anda de shorts y yo ten-

casa, siempre eficiente, se verá amenazada por un asesino silencioso que la ronda constantemente, pero a diferencia de la ficción, el marido no estará ahí para salvarla. Bien lo presagía Viviana "Sólo en estos programas todo sale bien finalmente", a lo que Javier responde "y yo no podría llamarme a golpes con un asesino."

A raíz de la mudanza, se hacen más evidentes las actitudes inherentes de los personajes, actitudes que siempre han estado presentes pero que en la ceguera de los primeros años de casados Viviana y Javier no habían alcanzado a percibir. En el caso de Javier, tras la aparente cortesía que se ganó al padre de Viviana, don Elías, se encuentra el machismo de muchos mexicanos que se manifiesta en una sexualidad ambigua y en una necesidad de aplastar gradualmente a la mujer que lo acompaña. Así a pesar de la vulgaridad con que trata de exhibir en Acapulco, durante la luna de miel, la supuesta "liberalización" de su mujer (es decir, la playera con el letrero "son de verdad"), se rehúsa violentamente a aceptar la sexualidad de ésta. Y a partir de ahí encontramos los detalles tan sencillos con los que "fabricamos la felicidad o sus aproximaciones" (como dice el narrador), o con los que los destruimos (como nos muestra, sarcásticamente, la novela en su totalidad): los golpecitos en la sábana a manera de invitación; el cambio del sillón recién comprado y que Viviana había colocado en el estudio para leer; la orden de apagar la lámpara, precisamente para no dejarla leer; las críticas a Brígida y a los libros que ésta le da a Viviana, por ser potencialmente subversivos; la negativa de que Brígida asista a la fiestecita; y, ah sí, no podían faltar, los cacahuitos, así como la miope amistad con Fulgencio mismo.

go la playera. Pienso que la compró el día anterior. ¿Dónde la guardo?

En el clóset, imagino, junto a la revista. Sí, algo de Vivianita estará en esa foto. Qué, nadie lo sabe, pero algo.

Algo de Vivi hay en las cortinas, en los muebles. Viviana camina por el departamento vacío, la taza de café olvidada sobre la mesita, en la cocina. Y hoy jueves por la noche... no, viernes de madrugada, Viviana despatarrada en el silloncito, ve a la otra Viviana vagando por los cuartos, perpleja. La comprende bien, porque hoy viernes el departamento vacío sigue allí enfrente, esperándola. Sin levantarse del silloncito, puede sentir los muebles aguardándola, llenos de sí mismos, seguros de ser lo que son. De levantarse ella y vagar por la casa, la mirarían compasivos. Hay algo de mí en ellos, pero no basta. De pie, duda un instante, mas luego inicia el itinerario, descalza excepto por las pantimedias, el cansancio de la hora en el rostro añado, la nota del esposo caída junto al silloncito. La recámara, muebles; el estudio, muebles; la sala, muebles; el comedor, muebles; la cocina. No llega a esta última. De pronto vuelve presurosa al dormitorio; de espaldas a la puerta, se desnuda; de espaldas a la puerta, se pone el pijama; sin mirar la puerta, entra en la cama. Las mantas hasta la nariz, dice: "Tuviste una cena exquisita,

Viviana, exquisita. Recuerda que la cena fue exquisita".

En algún momento cae dormida. Un caer algodonoso, suave, pausado, ajeno al pánico, finalmente agradable. Desde abajo, lejanísima,

A todo esto Viviana responde con un análisis interior que, si no siempre está bien dirigido y en ocasiones establece parámetros (como lo hace con Brígida) que no corresponden a su muy personal realidad, si le permite percibir la fragilidad de su situación. Tenemos entonces que la necesidad de mitificación como forma de escape por parte de Eugenio en *Último exilio*, se transforma en *La ceremonia perfecta* es un proceso de redefinición para Viviana. Y este proceso toma dos direcciones. Por un lado, la necesidad de inventar una realidad interna, escapista, que sigue los estándares de Brígida la mujer de mundo, bien vestida, fuerte, muy atractiva y que lleva, al parecer, una vida sin preocupaciones, pero que, como nos lo deja saber, es también producto del sufrimiento, la frustración y el rechazo. No es gratuita, creo yo, la semejanza entre la vida de la prostituta Corinte, en *Último exilio*, y la de Brígida, aunque los finales difieran (aunque, ¿difieren, verdaderamente?).

Por otro lado, más cercana a la realidad cotidiana, la toma de conciencia de los ritos de los padres, don Elías y doña Soledad, quienes han logrado darle significado a los pequeños actos cotidianos, de tal forma que se convierten en el ejemplo vivo de una francesita de Tomás Amado en *Puertas antiguas*: "Es en la relación constante donde surgen los lazos permanentes." Así, a pesar de que don Elías y doña Soledad nos recuerdan constantemente a la relación del autoritario don Pedro y la sumisa doña Olvidos en el cuento "El paseo", nos muestran también que son un modelo a seguir, dentro de ciertos límites establecidos por una sociedad bastante tradicional y, estamos conscientes, por una generación más antigua. Casi como revelacio-

una voz rasposa la llama insistente, llena de gula. Una voz rasposa, henchida de ansia.

Frío. En la espalda. Despierta a medias, busca taparse y alguien dice, torpe, "me estoy acostando". Parece haber un asomo de gris tras las ventanas. "¿Javier?" Alguien dice, torpe, "pues qué ¿esperabas a otro?" Viviana vuelve ya al sueño y lo último que siente es un olor a copas. Más diluido, un perfume barato pero "imposible" piensa mientras desaparece en la inconciencia. X

nes joycianas, los recuerdos de la vida familiar anterior a su matrimonio hacen que Viviana comprenda que su matrimonio se ha convertido en una ceremonia vacía. A la figura dominante y seca del padre, se contrapone un hombre capaz de mostrar ternura y consideración; a la figura sumisa de la madre, la de una mujer con vida propia que hace de sus actividades cotidianas ritos que la vuelven trascendental, poseedora de una sensibilidad intuitiva de las que ya escasean en el mundo moderno (como, simplemente, "su modo de acariciar la fruta, de entender los secretos de las verduras, de adivinarle la buena disposición a la carne"). Y de esta relación, marcada por jerarquías en apariencia dispares, surge ¡qué ironía! el símbolo del matrimonio ¿perfecto?, que se complementa, en donde uno llena los huecos del otro y que, finalmente, es capaz de invertir los roles tradicionales para mostrar solidaridad con la hija en crisis: un grito de guerra "Pelea", dicho en susurro, por parte de la madre; un acto de ternura, muestra de su complicidad y entendimiento, por parte del padre.

La ceremonia perfecta, entonces, explora de manera magistral los resortes ocultos que conducen la vida cotidiana del individuo común y corriente. Con un realismo casi minimalista, que le sirve de urdimbre con hilos en apariencia monocromáticos, entreteje una intriga multicolor en la que la cotidianeidad se torna pesadilla y los sueños penetran la realidad, al grado que ésta pierde toda posibilidad de interpretación, no sólo para el lector, sino para los personajes mismos, que pierden, a su vez, la capacidad de dirigir sus propias vidas y caen en un universo kafkiano del que no pueden escapar. Un sólo hecho rompe con el realismo minimalista, una acción ¿soñada, inventada, vivida? produce la ambigüedad que trastoca toda la narración y subvierte no sólo nuestra percepción de los personajes y nuestras expectativas narrativas sino que transforma, en una metamorfosis al estilo de Escher, al texto mismo, que pierde también sus límites genéricos y se transmuta en una quimera alucinante. X



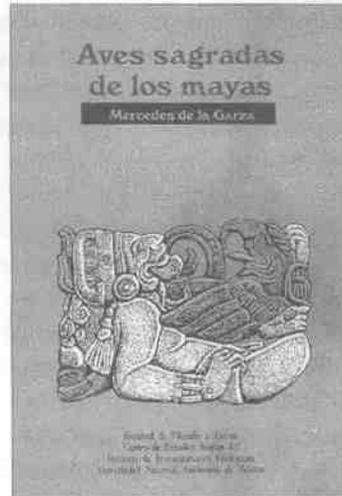
JANO, DOS ROSTROS PARA DOS PERSPECTIVAS: LA DEL COMIENZO Y LA DEL FINAL, DE LOS SERES Y DE LAS COSAS. DEIDAD QUE TAMBIÉN FUE SÍMBOLO DE LOS PROYECTOS, DE TODO LO QUE SE EMPRENDE.

*Federico Patán. *La ceremonia perfecta*, UNAM-Difusión Cultural, México, 1994. 118 pp.

Aves sagradas de los mayas

Mercedes de la Garza, *Aves sagradas de los mayas*. Facultad de Filosofía y Letras y Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, México, 1995, 140 pp.

En esta obra, Mercedes de la Garza aborda el simbolismo de las aves en la religión maya prehispánica. A través del análisis e interpretación de distintas fuentes, como obras escultóricas, códices y textos coloniales indígenas y españoles, el libro revela que las aves, por sus extraordinarias cualidades biológicas, fueron consideradas por los mayas como epifanías de fuerzas sagradas, tanto de vida como de muerte, que se despliegan sobre el mundo y que fungen como demiurgos entre los dioses y los hombres. Las aves encarnaron la luz, la fertilidad y la vida del cielo, así como de las energías de oscuridad y muerte del inframundo. Esa ambivalencia del significado simbólico de las aves muestra la conciencia del maya de que el universo es una conjunción de contrarios que luchan y al mismo tiempo armonizan. Y el hombre, situado en el centro de ese universo, como un axis mundi consciente y activo, es el ser que tiene la capacidad de manejar esas fuerzas sagradas a través de su conocimiento y de su acción ritual. ✕



En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez

Gabriel Vargas Lozano (ed.), *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1995, 642 pp.

LA CRÍTICA ES LA CORTESÍA DEL FILÓSOFO.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

El 17 de septiembre, el maestro Adolfo Sánchez Vázquez cumplirá ochenta años de fructífera e intensa existencia. Con ese motivo, la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, ha decidido publicar dos volúmenes; uno de ellos, dedicado a recoger en sus páginas semblanzas, entrevistas y testimonios, y el presente, destinado a reflexionar acerca de su obra filosófica.

Este volumen está dividido en seis secciones. En la primera, importantes filósofos de España y América Latina ofrecen un testimonio de la vida, del magisterio y de la obra del filósofo. En la segunda sección se aborda un tema fundamental para la obra del filósofo: la interpretación de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* de Marx. Posteriormente se analiza el significado de la obra *Filosofía de la praxis* (1967) obra que formó parte del conjunto de interpretaciones filosóficas del marxismo (ontológicas, humanistas, epistemológicas, políticas o praxeológicas) pero a la vez, se distingue radicalmente de ellas. La cuarta sección está inte-

grada por importantes reflexiones en torno a la estética que van desde Justino Fernández a Juan Acha, dos de los más grandes críticos de arte latinoamericanos. Se recoge aquí también una de las polémicas iniciales que se dieron con motivo de la aparición de *Las ideas estéticas de Marx*. Le sigue una sección integrada a su vez por tres temáticas relacionadas con la filosofía política: la polémica en torno a la obra de Louis Althusser, la aportación de Sánchez Vázquez en el terreno de la ética y la del derrumbe del llamado «socialismo real». Finaliza esta obra con una polémica ejemplar para la filosofía latinoamericana: la que sostienen durante algunos años Luis Villoro y Adolfo Sánchez Vázquez en torno a las relaciones entre filosofía e ideología.

Por todo lo que se dice en este libro podemos concluir que la aportación filosófica de Adolfo Sánchez Vázquez ha ampliado y enriquecido a la filosofía en lengua castellana pero, sin duda, constituye un aporte inescindible de la filosofía y la cultura mexicanas. X



Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días

Federico Álvarez (ed.), *Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1995, 414 pp.

Para el doctor Adolfo Sánchez Vázquez, como para todos los profesores y alumnos que acaban interiorizando ese raro espíritu intersubjetivo que se vive en el ámbito universitario, el trabajo académico acaba confundándose con la vida. Y no porque se haga de la vida un claustro privilegiado (cerrado) de cultura y sensibilidad, sino porque se hace del trabajo académico un privilegio que se vuelca en la vida cotidiana. La docencia es ya una demostración de esa ósmosis peculiar; quien haya asistido a las clases del doctor Sánchez Vázquez lo sabe. Pero acaso su más palpable y directa demostración, al menos en el campo de las humanidades esté en esa salida al exterior, en esos "discursos en campo abierto", como decía Max Aub, que son los artículos en revistas, los libros publicados, las charlas y conferencias dictadas fuera de la Universidad y, particularmente, la aparición en la prensa diaria.

Entre los seis "retratos escritos" que se le han hecho en los últimos años y los "fotográficos" que aparecen al final del volumen, aparecen aquí casi una treintena de entrevistas que dan cuenta de esa relación entre "los trabajos" y "los días" de Adolfo Sánchez Vázquez. A lo largo de ellas se va enhebrando una biografía ideológica del maestro, que muestra, a un mismo tiempo, las vicisitudes del marxismo en los últimos treinta años (la primera entrevista que aquí publicamos es precisamente de 1965), sus relaciones con una teorización cada vez más coherente de la estética, y, en el terreno personal, la honradez intachable de un pensador nobilísimo. ✕



Porfirio Parra, Antonio Caso y Alfonso Pruneda y la enseñanza de las humanidades en la universidad mexicana del siglo XX

LIBERTAD MENÉNDEZ

La Escuela Nacional de Altos Estudios inició oficialmente su vida académica el 18 de septiembre de 1910, cuatro días antes de que tuviera lugar la ceremonia en la que se inaugurara la Universidad Nacional de México.

Como sabemos, aquélla tenía por *Ley Constitutiva* los propósitos de "perfeccionar, especializándolos y subiéndolos a un nivel superior, estudios que en grados menos altos se [hiciesen] en las Escuelas Nacionales Preparatorias, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros y de Bellas Artes, o que [estuviesen] en conexión con ellos; proporcionar a sus alumnos y a sus profesores los medios de llevar a cabo metódicamente investigaciones científicas que [sirviesen] para enriquecer los conocimientos humanos y formar profesores de las escuelas secundarias y profesionales".¹

Su gobierno y administración, en principio, estuvieron a cargo de don Porfirio Parra quien tomó posesión como primer director de la Escuela en el acto mismo de su apertura.

Bien podría afirmarse que los dos primeros años de vida de la Escuela Nacional de Altos Estudios no reportaron un panorama académico muy alentador. Cursos inconexos impartidos por profesores traídos del extranjero que desconocían el medio intelectual mexicano y se desenvolvían en un país en movimiento político efervescente; cursos, en realidad, que no respondían ni a un fin concreto ni a planes y programas de estudios definidos.

La apreciación sería correcta desde una óptica distante. Sin embargo, hay muchas evidencias de los enormes esfuerzos realizados por don Porfirio Parra en pro de la Escuela que dirigía: buscó los caminos que la condujeran a una vida académica

ordenada y sistemática. Algunas de esas evidencias no tienen estrecha relación con las humanidades, por lo que no serán, en esta ocasión, motivo de nuestra atención. Otras, por el contrario, no podríamos dejar de mencionarlas sin correr el riesgo de caer en una falta de hilación que dificultara la



don Porfirio Parra

cabal apreciación del resurgimiento de la enseñanza, en el nivel superior, de las disciplinas humanísticas en el seno de nuestra Universidad Nacional de México.

Tal es el caso de dos circunstancias específicas. La primera de ellas se refiere al impulso que don Porfirio Parra dió al nombramiento de "profesores libres" al interior de la Escuela; con seguridad vio en ellos, los pilotes para levantarla. El tiempo le daría la razón. Uno de esos nombramientos fue significativo para las humanidades.

El 10 de mayo de 1912 un profesor mexicano, don Antonio Caso, solicitó al entonces multicitado director de Altos Estudios, permiso para establecer un curso "libre" bajo el nombre de "Introducción a los estudios filosóficos"; éste, a su vez, elevó dicha solicitud a la Secretaría de Instrucción Pública, la que respondió el 22 de mayo siguiente autorizando la apertura del mencionado curso, mismo del que se haría responsable Caso a partir de entonces, sin mediar remuneración alguna.

El documento que enviara Parra a la Secretaría de Instrucción Pública a partir de la solicitud del licenciado Caso, fue de respaldo irrestricto; en él destacaba tanto la importancia de la creación de un curso libre que atendiera esa disciplina como de quien la desempeñaría. En cuanto al primer punto expresaba:

...La filosofía es, a no dudarlo, una de las ramas de mayor importancia e interés en el vasto dominio del saber humano, y representa los esfuerzos que desde la antigüedad clásica ha hecho la inteligencia del hombre para resolver aquellas cuestiones fundamentales que se refieren a la naturaleza, a la finalidad y al destino del mundo exterior y de nosotros mismos, y en todos los tiempos y naciones civilizados el cultivo filosófico se ha hecho con esmero, consagrándose a él las inteligencias más privilegiadas y sobresalientes. Es notorio, por otra parte, que los estudios filosóficos se encuentran en la actualidad entre nosotros en un estado de notable decadencia, pues sistemas de mucha importancia y muy generalizados en las naciones cultas contemporáneas, son casi desconocidos en México, y es ya tiempo de remediar tan lamentable estado de cosas, que habla muy desfavorablemente en lo tocante a nuestra cultura.

Por cuanto al segundo punto, el doctor Parra agregaba:

los merecimientos del señor Caso y su competencia para tratar estas cuestiones son notorios, y los ha demostrado en ocasiones públicas y solemnes. El curso propuesto no resultará desairado, pues como anexo a su comunicación el señor Caso presenta una lista de 27 personas, notables todas por su amor a la ciencia y su gusto por los estudios filosóficos, que han ofrecido concurrir a las lecciones.²

El licenciado Antonio Caso fue el primer profesor "libre" de Altos Estudios y con el nombramiento le concedieron los recursos necesarios para adquirir la bibliografía que solicitara; así se compraron de inmediato 38 de los 75 libros enlistados y llegaron a la biblioteca, que recién se reconstituía, Aristóteles, Bacon, San Agustín, Spinoza, Leibniz, Hume, Herbart, Mill, Mach, Mercier, Schopenhauer, James, Wundt, entre otros y con ellos el hombre clave para la conformación, en 1924, de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Inició su curso el 10 de junio de 1912; esa primera sesión estuvo presidida por el señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, con la presencia del doctor Porfirio Parra y 81 alumnos, 52 regulares y 29 oyentes.³

La segunda circunstancia sobre la que habría que hacer hincapié en esta ocasión, se refiere a la evidencia de los reiterados planteamientos que el doctor Parra hiciera sobre la imperiosa necesidad de organizar sistemáticamente la vida académica de la Escuela de Altos Estudios. En tal sentido, envió, a los distintos secretarios de Instrucción Pública y Bellas Artes que se sucedieron durante el periodo de su gestión como director de esa institución, la siguiente fundamentación:

[Se] ... hace innecesario entrar en largas consideraciones sobre la importancia de una escuela de altos estudios entre nosotros. Sabe Ud. muy bien, [...] que las ciencias fundamentales como la matemática, la física, la química, las ciencias biológicas, las sociales y filosóficas, sólo se enseñan en una forma elemental en la Escuela Nacional Preparatoria; y no podría ser de otra suerte, pues extendiendo demasiado la enseñanza y profundizándola bastante, habría que recargar en extremo los programas contra lo que aconseja la sana Pedagogía.

Resulta, pues, que las personas que siguen carreras literarias ó científicas, sólo pueden adquirir en sus estudios aquellos conocimientos que hacen al hombre instruido, y, por lo tanto, no están en las condiciones propicias para que se dediquen á especializarse en tal ó cual ciencia. Acaso esta circunstancia contribuya de un modo poderoso al estado de atraso en que se encuentra en México el cultivo de las ciencias, pues, salvo los casos de vocaciones muy caracterizadas, la mayor parte de los profesionistas se consagran al ejercicio de su carrera, de lo cual resulta un verdadero descenso intelectual en lo que se refiere a la cultura científica, pues nuestros hombres de ciencias se limitan á repetir los descubrimientos científicos llevados á cabo en el extranjero, sin que el intelecto mexicano preste el contingente que debiera en la elaboración de ciencia, labor característica de la civilización contemporánea. Una escuela de altos estudios llena felizmente este vacío de nuestra educación nacional, proporcionando a las vocaciones un teatro en que desenvolverse y ofreciendo a los investigadores un campo en donde ejercer su actividad.

Para organizar convenientemente una escuela de tanta importancia, la primera cuestión que surge es determinar el número de materias que deben cursarse en ella. El más bello ideal sería sin duda dar cabida en tal escuela a todos los conocimientos científicos reconocidos como tales; pero tal propósito sería verdaderamente irrealizable, por los cuantiosísimos gastos que exigirían y por las enormes dificultades de organizar convenientemente enseñanzas tan vastas como variadas.

Tendremos, pues, necesidad, atendiendo a nuestras circunstancias de restringir el cuadro, a reserva de ensancharlo más tarde, escogiendo entre las ciencias, para implantar desde luego su enseñanza en la Escuela Nacional de Altos Estudios, aquellas de utilidad incuestionable y que en tal concepto se cultivan con ahínco en todas las naciones cultas con gran provecho del progreso de la humanidad.

No hay que olvidar tampoco que la Escuela Nacional de Altos Estudios en su vasto programa debe comprender no solamente las ciencias, pues



don Alfonso Prunedá

corresponde en realidad a lo que en lenguaje universitario se llaman *facultades de ciencias y de letras*, por tanto no sólo estudios científicos han de implantarse en ella, sino también estudios literarios.

Fundado en estas consideraciones [propongo] [...] que se establezcan desde luego en la Escuela que tengo la honra de dirigir las asignaturas siguientes: Altas matemáticas, Física matemática, Física experimental, Fisiología, Psicosociología, Etnología y Antropología, Historia del Derecho, Patología experimental, Filosofía fundamental, Historia de la Filosofía, Latín y Griego.⁴

Los reiterados planteamientos del doctor Parra ocasionaron, muy probablemente, que el secretario de Instrucción Pública, Vázquez Gómez, solicitara al rector de la Universidad, Joaquín Eguía Lis, un estudio en el que se analizaran los cursos que con carácter de necesarios y de utilidad incuestionable habrían de establecerse en la multicitada Escuela; el Consejo Universitario tuvo, entonces, que tomar cartas en el asunto y nombró una comisión que

habría de encargarse de elaborar el estudio solicitado y la propuesta correspondiente. Dicha comisión fue integrada, inicialmente, por los señores Porfirio Parra, Francisco Echegaray y Allén, Fernando Zárraga, E. Pérez y Néstor Rubio Alpuche, quienes de inmediato iniciaron las reuniones de discusión y análisis.

El resultado fue un dictamen que suscribieron los comisionados el 12 de octubre de 1911. Éste constituye, de hecho, el primer intento académico, con pretensiones integrales, para dar cuerpo y forma a la Escuela Nacional de Altos Estudios.

Dicho dictamen, con ciertos toques positivistas, seguramente por la influencia de Parra, preveía la organización académica de la Escuela a partir de las tres secciones que por *Ley Constitutiva* le caracterizaban: la de Humanidades, la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la de Ciencias Sociales, Políticas y Jurídicas; para cada una de ellas se propusieron cursos tanto con carácter de "necesarios" como con el de "útiles".

Para la sección de Humanidades, en ese 1911, los comisionados sugirieron como cursos que debían

establecerse con el carácter de "necesarios", los siguientes: latín, griego, alemán, italiano, literaturas modernas, literaturas clásicas, filosofía fundamental, estética, historia de la filosofía, historia universal, historia patria, psicología y pedagogía; con el carácter de "útiles" aconsejaron los siguientes: historia del cristianismo en la Edad Media, historia del cristianismo en los tiempos modernos, historia de la Revolución francesa, historia de México durante la dominación española, historia de la Independencia de México, arqueología mexicana, método histórico y ciencias auxiliares de la historia.⁵

Estas iniciativas descritas, aunadas a aquel otro proyecto de Escuela Nacional de Altos Estudios que presentara el doctor Manuel Flores como secretario del Consejo Superior de Educación Pública en abril de 1909,⁶ antes de que aquella fuera legalmente constituida, sentaron, desde mi perspectiva, las bases de un proyecto de creación de una Facultad de Humanidades; el destino hizo lo demás.

El 5 de julio de 1912, fallecía inesperadamente don Porfirio Parra, primer director de la Escuela Nacional de Altos Estudios. Poco después, el día 24 inmediato, el secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes firmaba el nombramiento del doctor Alfonso Pruneda, como segundo director de esa institución.

El doctor Pruneda se percató de inmediato de las condiciones en las que se desenvolvía la vida académica de la Escuela cuya dirección le había sido encomendada; sin perder de vista el camino iniciado se abocó, en el poco tiempo que dirigió Altos Estudios, a generar un proyecto académico que presentó como "Proyecto de Creación de la Facultad de Humanidades en la Escuela Nacional de Altos Estudios".⁷ En él señalaba la necesidad de reformar la *Ley Constitutiva* en lo concerniente a los requisitos de ingreso de los alumnos y proponía, en ese renglón, un proyecto de reglamentación que aunque de hecho implicaba una mayor apertura y flexibilidad, establecía condiciones de ingreso que superaban con mucho las exigencias académicas hasta entonces requeridas a los estudiantes.

El proyecto de creación formulado por el doctor Pruneda, aunque no fructificó, representó el segundo intento por organizar la vida académica de la Escuela y sin duda, ambas propuestas sirvieron de inspiración a quienes posteriormente encaminaron



don Antonio Caso

la formación de humanistas, al interior de la Escuela Nacional de Altos Estudios; de carácter más formal que el primero, este último incluía tanto cursos preparatorios como cursos libres y, al mismo tiempo, la posibilidad de optar por los grados de licenciado y doctor en Filosofía y Letras. Los primeros eran requisito para ingresar a la Facultad de Humanidades; los segundos, estaban destinados a quienes, interesados en el área humanística, no pretendieran la obtención de algún nivel específico de estudios, sino que desearan cursar una o varias asignaturas independientes, por las que podrían recibir simples certificados de aprobación.

En lo concerniente a la licenciatura ésta abordaba tres áreas de análisis representadas por 24 asignaturas, distribuidas en tres años; ello obligaba a cubrir doce horas-clase por semana.

Para obtener el título correspondiente, se exigía haber aprobado todos los cursos y presentar un examen que habría de versar sobre una tesis relacionada con asunto literario o filosófico. Los cursos estaban organizados de la siguiente manera:

El nivel de licenciatura, como puede observarse, incluía tres secciones que representan las disciplinas más privilegiadas a lo largo de la enseñanza de las humanidades, al menos en la universidad mexicana. Veamos algunas especificaciones. La primera, la filosófica incorporaba un curso de filosofía general que hacía las veces de introducción a la filosofía y que debía comprender "...teoría del conocimiento (epistemología o criteriología), el ser y el devenir (ontología y cosmología), los valores (fundamentos de la ética, de la estética, y explicaciones sobre el problema religioso..."; un curso sobre lógica y metodología de las ciencias que analizaba, por un lado, algunas "...naciones sobre la evolución de [esa] disciplina desde Aristóteles hasta los autores de las nuevas direcciones (Boole, Sigwart, Rickert)*; y, por el otro, ciertos esbozos sobre la historia de las ciencias y la manera de estudiarlas. No podían faltar, desde luego, contenidos relacionados con la historia de la filosofía; en un curso de una hora a la semana se analizaban ciertas nociones "...sobre la filosofía de Oriente (China, Persia, y

Licenciatura

	1er año	2do. año	3er año
Área Filosofía	1. filosofía general (2) 2. Lógica y metodología de las ciencias (1)	1. Historia de la filosofía antigua y medieval (1) 2. Psicología (1)	1. Historia de la filosofía moderna (1) 2. Ciencia de la educación (1)
Área Historia	3. Geografía histórica (1) 4. Historia Antigua	3. Historia Patria colonial (2) 4. Historia Medieval (2)	3. Historia de la República Mexicana (2) 4. Historia Moderna (2)
Área Letras	5. Lengua y literatura castellanas. Edad Media (2) 6. Lengua y literatura latinas (2) 7. Literatura francesa (1) 8. Elementos de filología (1)	5. Lengua y literatura castellana. Época moderna (2) 6. Lengua y literatura latinas (2) 7. Literatura inglesa (1) 8. Historia del arte (1)	5. Lengua y literatura castellanas. siglo XIX y XX. Estudio especial de la literatura mexicana (2) 6. Lengua y literatura griegas (2) 7. Estética (1) 8. Literaturas extranjeras (especialmente alemanas e italianas) (1) (*)

* El número que aparece dentro de un paréntesis después del nombre de cada asignatura corresponde al número de horas que deberían impartirse por semana.

especialmente Judea y la India); Grecia, desde Tales hasta Plotino y Proclo; Roma; el cristianismo; los Padres de la Iglesia; [...] la filosofía árabe; filosofía escolástica*. En otro curso, también de una hora semanal, se analizaba la historia de la filosofía desde el Renacimiento hasta el siglo xx. Cerraban el apartado que nos ocupa, un curso de psicología y otro más de ciencia de la educación.

La sección de historia se reducía también a seis cursos de carácter más bien general con una visión prioritariamente cronológica; abarcaba la Antigüedad hasta la Época moderna y, al mismo tiempo, se consagraba un espacio para el estudio de la historia de México, tanto de la época colonial como de la independiente; cerraba esta sección un curso de una hora semanal sobre geografía histórica.

Finalmente la última y más favorecida de las secciones, en la de letras, se destacaban 12 asignaturas de entre las 24 que conformaban el plan de estudios propuesto por el doctor Pruneda; tres de ellas orientadas básicamente al área de literatura; una más enfocada al análisis de ciertos aspectos filológicos encargada inicialmente al doctor Jesús Díaz de León, por lo que es probable que pensara dársele un carácter fundamentalmente lingüístico; seis cursos adicionales destinados al estudio de las lenguas y literaturas castellanas, latinas y griegas. Cerraban el análisis del área de letras dos cursos independientes, uno sobre historia del arte y uno más sobre estética; por cierto que este último estaba planteado, como suele ocurrir, aun hoy día, en función del profesor disponible, que bien podía ser, según el documento, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo o Carlos Lazo, el padre, el especialista en artes plásticas; ello implicaba que el curso podía traducirse en tres versiones completamente distintas.

El nivel de licenciatura que hemos descrito y que correspondía a la carrera de Filosofía y Letras, no pretendía formar especialistas en la comprensión crítica del desarrollo del pensamiento, ni en el análisis de los procesos históricos, ni tampoco en el campo de la lengua y la literatura, sino, como lo percibo, aspiraba a moldear un profesionista con una visión humanística pluridisciplinaria cuya formación, apoyada en la pedagogía y, en mayor medida, en el conocimiento de la historia de los hechos, debía quedar en evidencia a través de un ensayo que, en teoría, priorizara lo filosófico o lo

literario, dando poco apoyo para lo primero y privilegiando, de facto, lo segundo.

Por lo que toca al plan de estudios del doctorado, éste incluía, al igual que el de la licenciatura, las tres mismas secciones: filosofía, historia y letras; en cada una de ellas las asignaturas a cursar preveían contenidos de nivel superior o más profundo que el programado para aquellas correspondientes al nivel de licenciatura y, en cada caso, debería plantearse un tema distinto a escoger cada año. Para obtener el grado de doctor se requería haber cursado la licenciatura y las asignaturas posteriores obligatorias propias del doctorado; asimismo, era preciso presentar una tesis sobre asunto literario o filosófico, en la que debería existir evidencia de investigación o meditaciones propias, relacionadas con el tema de estudio. La tesis tendría que ser discutida con un jurado nombrado por el Consejo Universitario.

Las asignaturas propias del doctorado estaban especificadas de la siguientes manera:

I. Filosofía.

1. Filosofía: curso más *approfondi* que el de la licenciatura. Cada año podría escogerse un tema distinto, como ocurría en las universidades europeas, por ejemplo: un año el curso podría versar sobre la *Crítica de la razón pura*, de Kant; otro sobre la moral judaica, o sobre Platón, o sobre la historia del materialismo, o sobre las cosmologías presocráticas, o sobre el cartesianismo, etcétera.

II. Historia

1. Historia general: curso como el anterior, con tema especial cada año.
2. Historia Patria: curso de investigaciones.

III. Letras

1. Lengua y literatura castellanas: curso con tema especial.
2. Literatura general: curso con tema especial que cada año podría ser de una literatura distinta (inglesa, francesa, etc.)
3. Lengua y literatura latinas: curso *approfondi* con ejercicios de composición.
4. Lengua y Literatura griegas: curso *approfondi* con ejercicios de composición.
5. Filología: curso superior.
6. Estética: curso superior.
7. Historia del arte: curso con tema especial.
8. Pedagogía: especialmente aplicada a México.

9. Literatura mexicana: curso de investigaciones

Como puede advertirse, el doctorado seguía la misma dirección que la licenciatura y era congruente con ella; sin embargo, su estructura curricular dejaba de lado los cursos de carácter general que predominaban en aquella y los suplía por cursos monográficos que daban a ese plan de estudios, por un lado, una gran flexibilidad y, por el otro, la posibilidad de brindar al estudiante niveles más profundos de conocimiento. Sin duda, con este proyecto académico propuesto en 1912, quedan en evidencia tendencias didácticas que hoy se asumen como novedosas.

La gestión del doctor Alfonso Pruneda al frente de la Escuela Nacional de Altos Estudios fue breve; al parecer un infortunado accidente propició su renuncia al inicio de 1913. Sin embargo, su participación fue significativa. Aunado al proyecto anterior, promovió un buen número de conferencias, reforzó las actividades iniciadas por Porfirio Parra e impulsó algunas otras que dejaron huella en el área de humanidades; de hecho me atrevería a afirmar, que si bien un Porfirio Parra había defendido, en la práctica, la inclusión del estudio de las humanidades como indispensables en el programa académico que suscribiera en 1911, y que un Antonio Caso habría de ser quien sembrara en nuestra Universidad del presente siglo, la inquietud por formar a quienes se abocaran a comprender los vericuetos del desarrollo del pensamiento, también un Alfonso Pruneda coadyuvaría, de manera importante, a abrir la brecha para que nuestras disciplinas humanísticas alcanzaran, con los años, su consolidación al interior de la Universidad Nacional Autónoma de México. X

¹ UNAM. CESU. ARCH. HIST. *Fondo de la E.N.A.E.* "Ley Constitutiva de la Escuela Nacional de Altos Estudios". Caja No. 20, Exp. No. 400, Fs: 11723-26. 1910.

² UNAM. CESU. ARCH. HIST. *Fondo de la E.N.A.E.* "Oficio del director de la Escuela Nacional de Alto Estudios al Sr. Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes". Caja No. 20, Exp. No. 440, Fs: 12018.

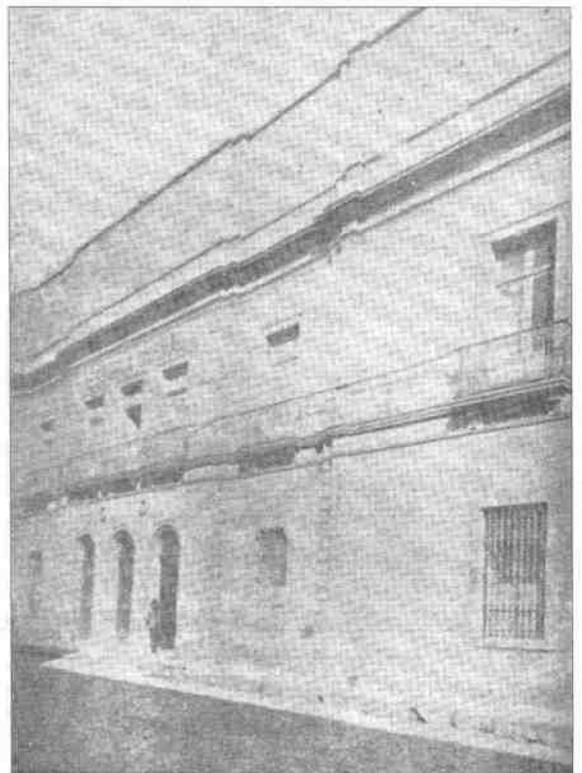
³ UNAM. CESU. ARCH. HIST. *fondo de la E.N.A.E.* "Informe complementario". Caja No. 7, Exp. No. 136, Fs: 3851-3858. 1912.

⁴ UNAM. CESU. ARCH. HIST. *Fondo de la E.N.A.E.* "Oficio del director de la Escuela Nacional de Altos Estudios al Sr. Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Parte científica". Caja No. 20, Exp. No. 444, Fs: 12415-12417. 1911.

⁵ UNAM. CESU. ARCH. HIST. *Fondo de la E.N.A.E.* "Dictamen acerca de los cursos que deban establecerse en la Escuela Nacional de Altos Estudios con el carácter de necesarios y de los que deban instituirse con el carácter de útiles". Caja No. 17, Exp. No. 338, Fs: 10113-10121. 1911.

⁶ UNAM. CESU. ARCH. HIST. "Acta taquigráfica de la sesión del Consejo Superior de Educación Pública celebrada el 22 de abril de 1909". *Boletín de Instrucción Pública*, XII, marzo-septiembre de 1909.

⁷ UNAM. CESU. ARCH. HIST. *Fondo de la E.N.A.E.* "Proyecto de Creación de la Facultad de Humanidades en la Escuela Nacional de Altos Estudios". Caja No. 20, Exp. No. 402, Fs: 11740-11751. 1912.



Fachada del edificio de la calle de Licenciado Verdad, antes de ser reformado para convertirlo en oficinas de la Universidad y Escuela Nacional de Altos Estudios.



Sor Juana Inés de la Cruz,
Inundación Castálida,
presentación de Sergio
Fernández, ed. facsimilar,
UNAM- Facultad de Filosofía
y Letras, México, 1995
458 pp.



Sor Juana Inés de la
Cruz, *Segundo Volumen*
de sus obras, prólogo de
Margo Glantz,
ed. facsimilar,
UNAM- Facultad de
Filosofía y Letras,
México, 1995, 754 pp.



Sor Juana Inés de la Cruz,
Fama y obras póstumas.
introducción de Antonio
Alatorre, ed. facsimilar,
UNAM- Facultad de Filosofía
y Letras, México, 1995,
274 pp.

Universidad Nacional Autónoma de México: Dr. José Sarukhán, Rector; Dr. Jaime Martuscelli, Secretario General; Dr. Salvador Malo, Secretario Administrativo; Dr. Roberto Castañón Romo, Secretario de Servicios Académicos; Dra. Ma. del Refugio González, Abogada General; Dr. Humberto Muñoz, Coordinador de Humanidades.

Facultad de Filosofía y Letras: Dra. Juliana González, Directora; Mtro. Alfredo L. Fernández, Secretario General; Mtro. Josu Landa, Secretario Académico; C.P. Ilia Parres, Secretaria Administrativa; Dra. Paulette Dieterlen, Jefa de la División de Estudios de Posgrado; Mtro. Michel Collin White, Jefe de la División de Estudios Profesionales; Mtra. Ofelia Escudero, Jefa de la División del Sistema de Universidad Abierta; Lic. Silvia Vázquez, Secretaria Académica de Servicios Escolares; Olivia Baltazar, Secretaria de Información y Estadística; Lic. Claudia Lucotti, Secretaria de Extensión Académica; Lic. Berenise Hernández, Coordinadora General de Publicaciones; Lic. César Augusto Ramírez, Coordinador General de Bibliotecas; Lic. Adriana de Teresa, Coordinadora del Centro de Apoyo a la Docencia; Lic. Tatiana Sule, Coordinadora del Centro de Apoyo a la Investigación; Lic. Boris Berenson, Coordinador del Centro de Educación Continua; Mtra. Marcela Palma, Coordinadora del Centro de Apoyo a Programas Estudiantiles; Mtra. Libertad Menéndez, Coordinación de Planes y Programas de Estudio; Lic. Ana Segovia, Departamento de Programas Especiales.

BOLETÍN FILOSOFÍA Y LETRAS: Boris Berenson, director; María Luisa Flores, editora; Laura Bautista, jefa de información; Ada Torres y Mario Martínez, diseño.

BOLETÍN FILOSOFÍA Y LETRAS es una publicación bimestral de la Facultad de Filosofía y Letras-UNAM. La opinión expresada en los artículos firmados es responsabilidad del autor. No se devuelven originales. Toda correspondencia deberá dirigirse a la Facultad de Filosofía y Letras, Torre I de Humanidades, 6º piso, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México D.F., teléfonos: 622 1856, 622 1857, fax 622 1867, certificado de licitud de título y contenido en trámite.

